

COOPERATIVA
DEL LIBRO

MARIANDINA



JUAN AZOR - GONZALO GLORIOSO
PABLO PHILIPPENS - GONZALO RUIZ
FRANCISCO PÉREZ OSÁIN - EZEQUIEL DERHUN
IGNACIO DE LA ROSA - DANIEL CALIÁRES
JUAN MARTÍN ALONSO - FEDERICO FAYAD
PABLO VILLARRUEL

Ilustración: Gonzalo Glorioso

© 2017

Pablo Villarruel
Francisco Pérez Osán
Gonzalo Ruiz
Pablo Philippons
Daniel Calivares
Ignacio De la Rosa
Ezequiel Derhun
Federico Fayad
Gonzalo Glorioso

Glorioso, Gonzalo

Mariandina: historias de la vida en una cancha de fútbol / Gonzalo Glorioso. - 1ed. - Mendoza: Gonzalo Glorioso, 2017.
119p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-42-5252-4

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos de fútbol. I. Título.
CDD A863

Libro de edición Argentina
Hecho el depósito que marca la ley 11723

MARIANDINA

COOPERATIVA
DEL LIBRO

PELUSA

POR JUAN AZOR

Juraban que Pablo lo había contado mil veces. ¡Mil, eh! No una, ni dos, ni cien... ¡Mil! En el camino a la cancha, en ese pequeño vestuario del club o en la cantina después de cada partido. Era una rutina perfecta. Romper la red, coronarse, que la garganta recibiera cada letra con goce. G. O. L. Gol. Un gol. Eso quería Pablo. “Y se lo dedico al papi”, repetía.

Jugaba en Tres Acequias junto a un grupo de amigos bajo la dirección técnica de Pelusa, quien despuntaba el vicio en las tardes de domingo. Era duro el torneo. No tanto como aquella tarde en que Ramírez eligió seguir gambeteando pese a la advertencia de sus compañeros, pero era duro. A Ramírez aquella vez le diagnosticaron fractura expuesta de tibia y peroné, además de un desgarró que nadie recuerda ya dónde fue. Los pibes sufrían el rigor de los veteranos y los árbitros, casi siempre señores mayores con más miedo que vocación para impartir justicia, hacían la vista gorda ante las patadas generalizadas.

Y en medio de ese meter más que jugar, Pelusa siempre encontraba un resquicio para que sus equipos lo hicieran. Había ganado muchos títulos en la liga local, aunque nadie podía precisar cuántos eran.

Pablo era lateral derecho. Con escasos recursos técnicos, pero con una entrega y un corazón envidiable. Nunca escapaba al sacrificio y por eso era querido por sus compañeros. No solía escalar por su costado y prefería permanecer alerta al rival. “Mi costado no es de fiar. Suelo pifiar más de una vez”, decía y estallaba la carcajada generalizada de sus compañeros. A veces lo traicionaba el temperamento y una tarjeta roja volaba por el aire. “Usted se va”, le decía el árbitro, mientras de reojo miraba que nadie quisiera vengar la osadía de elevar una roja por sobre su cabeza. Era dura la liga. Había que tener coraje para jugar y, mucho más, para dirigir.

Pablo siempre buscaba a su papá después de cada jugada, en busca de su aprobación. Él siempre estaba en la cancha, atento a sus movimientos y los de su hermano David, quien también formaba parte del equipo. Dicen que Pablo soñaba con aquel gol bendito, con los ojos abiertos. A veces, solo a veces, lo distraía el amor de la mina más linda del barrio. Solía llegar de la cancha y salir a la vereda para mirarla. Era linda Laura. Él la seguía con la mirada, pero nunca jamás se animó a decirle algo. Solo la contemplaba.

Durante la semana, Pablo trabajaba junto a Pelusa en el reparto de mercadería. Arrancaban bien temprano y compartían casi todo el día arriba del viejo camión frigorífico. Y en esa pequeña cabina, mientras uno soñaba con el gol más maravilloso que se haya visto jamás, el otro intentaba armar retazos de su vida. Los recuerdos lo tomaban por sorpresa y no sabía cómo domarlos.

Aparecía su niñez y la redonda como primera compañera; los penales con sus hermanos a horas impensadas; el amor de Mirta y el primer beso, la cinta de capitán y el niño que se hizo hombre. Las tardes de potrero y “la 10” que gambeteaba a todos. Saltaba la tristeza hacia un destino que buscaba cambiar el de su familia para siempre. A veces lloraba y fingía estar congestionado. Otras decía tener una basurita en el ojo. Pelusa, de estatura mediana, bigotes y sonrisa eterna, había jugado muchos años atrás, llegando a ser un destacado jugador de la zona.

Los días de semana, por las noches, con frío o calor, nadie faltaba a entrenar. Y después llegaba el ritual de tomar unas cervezas antes de volver a casa. Y ahí, en la cantina del club, mientras Pablo vociferaba bromas y contaba sobre su sueño, un viejo solía escucharlo desde el mostrador. El viejo cerraba los ojos y repetía, sabiendo que muchos lo oían: “con el viento despeinando todo a su paso”. Como la libertad.

Los domingos, la Reserva arrancaba temprano y los pibes muchas veces llegaban en un camión casi destartado a jugar. “La semana que viene me dijeron que llega un tipo que es no sé qué de San Lorenzo. Viene a llevar jugadores a Buenos Aires”, decía algunas veces el técnico de los juveniles.

Nadie sabía si mentía, pero hasta los jugadores más veteranos tenían su ilusión. ¿Qué importaba que ya no fueran pibes? Las luces de la gran ciudad y los equipos de Primera no parecían tan lejos. El “Malevo”, un volante central con escasa técnica y demasiada vehemencia, decía haber jugado en Gimnasia y Esgrima La Plata. Pocos conocían su verdadero nombre, pero sus escasas virtudes hacían dudar de tal hazaña.

Pablo se levantaba casi sobre el almuerzo, comía las pastas de la vieja y después se iba con sus hermanos a la cancha. Sin embargo, aquella vez fue especial. San Carlos Chapanay era el rival y la pelea por los primeros puestos estaba más caliente que nunca. La noche anterior había soñado con su abuelo Juan. Hacía mucho que el abuelo ya no estaba, pero él siempre lo tenía presente. Por eso la siesta de aquel domingo de mayo olía distinta. La cancha lucía espléndida y el perfume de los eu-

caliptos que rodeaban el campo de juego se metía por los poros. Si hasta parecía sentir en el aire el eco de tantos goles que venían desde el pasado. Mujeres y hombres compartían mates en los viejos tablones de madera, mientras otros preferían jugar a las cartas o al dominó en la cantina hasta la hora del partido.

En el camarín era un niño. Solía esconder cosas, desenrollar vendas prolijamente enrolladas o mojar medias a punto de ser usadas. Era un niño feliz. Y aquel domingo se sentía pleno. Por eso apenas sonó el silbato del referí, supo que algo distinto iba a ocurrir.

Al principio la redonda se movía mansa para luego ser un capricho en medio de piernas que querían poseerla. Nadie podía enamorarla. Ella reconocía de inmediato a quien mejor la trataba.

Quienes estaban presentes aquella vez no olvidan lo que sucedió. Un rebote, un volante que no llegó a cubrir y el destino que decidió jugar sus cartas. La historia, escrita desde la misma tarde en que su mamá lo puso en penitencia por romper un jarrón, comenzaba a escribir su mejor capítulo.

Pablo siempre recordaba ese momento y la complicidad del viejo cuando a la vuelta del trabajo conoció la travesura. Su papá era un niño más cuando había una redonda presente. No se podía controlar. Y al final nadie podía culparlo. Si el fútbol es como el amor: nadie puede controlarse frente a tanta pasión. Solo llega y ¡zaz! Lo parte a uno como un rayo. Como mirar a los ojos verdes más lindos del mundo.

Y Pablo fue al encuentro de aquella pelota con todos esos recuerdos en la cabeza, como un enamorado, como alguien que quiere olvidar otros tiempos.

Eran él y la redonda en pleno romance. Y Mirta, su mamá. Y el tirón de orejas por el jarrón roto. Y el remate furioso desde mitad de la cancha, con fuerza, con la esperanza de un futuro mejor, con el grito atravesado en la garganta. Y un vuelo de pájaros cruzando el cielo. Y la redonda cortando ese cielo. Y un arquero distraído. Y un balón encendido, dejando una estela detrás de sí. Y un gol, un golazo. Infinito, enorme, inolvidable. Y el no saber qué hacer. La tibieza del sol en las mejillas. La libertad del hijo que enorgullece. Y su delirio camino al banco de suplentes. El deseo de abrazar a Pelusa, de gritarle en la cara su amor. De levantarlo en un abrazo eterno. “Te amo papá”. “¡Qué golazo, hijo mío!”.

El gol fue una excusa: el anticipo del abrazo más largo del mundo.

SAN PAOLO, ÉL Y YO

POR PABLO VILLARRUEL

Llegué a Nápoli un jueves por la mañana; cansado, no tanto por el viaje desde Roma sino por el peregrinaje turístico en el que llevaba embarcado por más de veinte días. Luego del casi rutinario check-in, por ir saltando de ciudad en ciudad y de hotel en hotel, el conserje me dio la llave de la habitación. “Ventisei, sesto piano”, dijo el pelado. Yo asentí con un confiado “grazie”.

Cuando estaba por alejarme del mostrador decidí realizarle la pregunta que me llevó a su ciudad. “Scusi, una domanda ¿per andare allo Stadio San Paolo?” Casi en el acto mi novia me miró como diciendo “eso no era lo que tenías que preguntar” y me acordé: “¿Y per andare a Capri?”

El pelado empezó a hacer memoria y, entredientes, dijo “la Metro”. Siguió mirando hacia un costado con un dedo índice atravesándole los labios y contando estaciones con la otra mano. Pensé “este es un napolitano de cuarta, no sabe ni cómo llegar a la cancha”, pero un segundo después me di cuenta de que él no era turista y seguramente no se movilizaba en transporte público como yo. No tenía por qué saberse de memoria las estaciones del Metro.

“Línea due a Piazza Leopardi”, me dijo como diciendo “Tomá pa’ vo’” y acto seguido me indicó cómo llegar a Molo Beverello, de donde zarpaban los barcos a las islas de Procida, Capri e Ischia, donde finalmente me di unos chapuzones al día siguiente.

Entre una cosa y otra se hizo el mediodía y mi estómago increíblemente estaba dispuesto para una pizza más. En el último sorbo de la Peroni tibia lo decidí. “Meli, voy a ir ahora a la cancha porque es mejor”. Eso le dije a mi novia para camuflar el grado de excitación que tenía por estar en esa ciudad y cerca de ese estadio. Me poseía un sentimiento de niño en la mañana de Reyes y no me dejaba

pensar ni disfrutar cualquier otra cosa.

Volvimos al hotel y me cambié la remera. Me puse esa que llevé especialmente para Napoli y que hasta entonces no había usado, pese a repetir algunas sucias o transpiradas en el afán de descubrir Europa.

Mochila al hombro, cámara al cuello, mapa en mano y con la Le Coq Sportif azul del '86 cubriendo mi torso, partí confiado a la Stazione Centrale de donde partía "la Metro". Me costó un poco encontrar dónde vendían el "biglietto" y luego validarlo para poder subir, pero finalmente subí al primer vagón y, como en todos los trenes anteriores, me senté de cara al plano donde se indican todas y cada una de las paradas.

Enfrente de mí se sentó un pibe joven, parecía más rockero que futbolero, pero igual le pregunté sobre el San Paolo en mi improvisado italiano. Resultó ser muy amable y me dio a entender que él también se bajaba en Piazza Leopardi y cuando llegamos me indicó el que sería mi camino, ahora en su improvisado inglés. "One kilometer in this direction and Stadium to the right", tiró y se alejó en la dirección contraria.

El calor y la humedad eran agobiantes, pero mis pasos eran del doble de longitud de los que habitualmente doy. Solo paré para comprar una botellita de agua mineral en esas máquinas callejeras que hay allá hasta que llegué a una rotonda amplia, giré mi cabeza hacia la derecha y lo vi.

Mentiría si digo que no me emocioné en el instante. Se me puso la piel de pollo (para no decir de gallina) y el corazón me hizo un latido raro al mismo tiempo en que miles de imágenes de Él con la pelota en sus pies atravesaron mi mente. Los alrededores estaban demasiado calmos para mi gusto y comencé a rodear el estadio en busca de un lugar para comprar algún ticket o para saber si había algún tour como en el Bernabéu o el Camp Nou, pero no existía nada de eso.

Ante tantas puertas cerradas comencé a preocuparme y a ponerme triste y no tuve otra reacción que preguntarle a dos pibas que iban mirando sus celulares y riendo a carcajadas; iban en otra o en una muy distinta a la mía. De todo lo que dijeron en un ultraveloce italiano entendí "È chiuso, è chiuso", y casi me desplomo mientras se iban alejando, importándoles poco y nada mi sufrimiento.

De todas maneras, no me di por vencido y seguí rodeando el estadio en busca de un acceso, una ventana, algo. Hasta que vi un portón entreabierto y la respiración se me normalizó. Asomé la cabeza y vi a un hombre junto a dos mujeres sentados muy cómodos en unas butacas que parecían haber sido de las tribunas alguna vez.

El hombre, de unos cincuenta y pico, tenía una credencial colgada en el cuello e interpreté que era la figura de autoridad allí, por lo que lo miré fijo a los ojos y solté con desfachatez: "¿Se può veddere il stadio?" (cualquiera), pero me entendió y asintió con la cabeza con un gesto en su cara de "sí, pasá, me chupa

tres huevos” o como si quisiera infringir las normas para irritar a sus superiores, no sé. Fue un momento raro, pero pasé rapidito y me instalé en las tribunas.

Cuando entré me di cuenta de que tenía el San Paolo para mí solo, sí, el San Paolo, ese que es todo de Él, ahora era mío por un rato y traté de aprovecharlo al máximo. Me senté en las butacas, me senté en los pasillos, le saqué mil fotos, me saqué dos mil “selfies”, me emocioné, dejé escapar alguna lágrima y hasta me di unas cachetadas para convencerme de que estaba ahí.

No sé por qué sentí que ese sector del estadio ya me quedaba chico y fui en busca de más. Las puertas apenas abiertas empezaron a sucederse en dirección hacia la platea oficial, los palcos y los bancos de suplentes. Mi excitación y un divertido miedo iban “in crescendo”. Pasé a metros de un obrero subido a una escalera que ni advirtió mi presencia, hasta que logré acceder a la zona de plateas donde proseguí con la catarata de fotos.

Cuando ya no quedaba el mínimo ángulo para llevarme un recuerdo visual, comencé a sentir ruidos de autos y algunas voces provenientes del otro lado, pero no perturbaron demasiado mi aventura.

Me acerqué al foso que separa las tribunas de la pista de atletismo y del campo de juego, y me disponía a sacarle una foto al cartel que indica el camino hacia los vestuarios cuando un grito hizo que pegara un salto.

Un hombre con anteojos comenzó a gritarme desde la ventana de uno de los palcos. Los alaridos eran ininteligibles para mí, pero sus manos me preguntaban cómo había llegado hasta allí, mientras que por otro lado me invitaban no tan gentilmente a retirarme del estadio. Yo venía bastante podrido de la manera en la que hablan los tanos. Tal vez sea su forma y no son lo maleducados o malgestados que parecen ser, pero decidí mirar desafiadamente al hombre como reprobando sus gritos hacia alguien que estaba venerando su estadio.

Siguió vociferando y aparecieron otros napolitanos en la escena, que se le sumaron para echarme, al tiempo en que yo, con la mochila en los hombros, elegí recostarme en la baranda del foso como disfrutando el enojo de ellos por mi invasión al San Paolo.

Empezaron a bajar por la platea increpándome por mi actitud y sentí un miedo, sobre todo porque empezaron a salir por todos lados y comenzaron a arrinconarme.

Ahí me sentí más visitante que nunca, pero en lugar de quedarme paralizado o intentar calmarlos y retirarme pidiendo disculpas, no tuve mejor idea (o reacción) que saltar el foso hacia el campo de juego. La distancia era de un poco más de un metro por lo que, con una agilidad que no me caracteriza, quedé del lado de adentro con un solo envión. ¿Para qué?

Los napolitanos se quedaron inmóviles y me miraron como diciendo “Ah no, la que te mandaste”, y yo también estaba petrificado al tomar conciencia de mi transgresión. Uno de los más iracundos sacó un manojo de llaves y se dirigió a

abrir una de las pequeñas puertas que conectan las tribunas con la cancha, atravesando el foso con un pequeño puente de metal. Los otros, unos cinco o seis, lo siguieron en el acto. Yo empecé a mover la cabeza para todos lados buscando una salida.

Comenzaron a entrar a la cancha y sin darme cuenta yo ya estaba cerca del círculo central. Sí, yo, con mi mochila ahora para adelante y la 10 visible en la espalda de la Le Coq azul, como la de Él, en el césped que Él pisó magistralmente tantas veces. Pensar en eso fue un segundo balsámico y de felicidad, pero los gritos cada vez más cercanos me pincharon la nube en el acto. Mientras caminaba hacia atrás por la mitad del campo de juego, advertí que por otra de las puertas habían ingresado el hombre y las dos mujeres que me dejaron entrar al estadio. Rápidamente ocuparon el sector del arco y la salida más cercana que logré visualizar en ese momento.

Ahí comprendí que estaba rodeado y que ya era muy tarde para disculpas o arrepentimientos. Mis pasos se convirtieron en pequeños saltos, o más bien un trotecito raro, mientras los tenía cada vez más cerca. De un lado de la cancha tenía al que me dejó entrar y uno o dos más. En la otra mitad eran unos cinco o seis los que deseaban capturarme. No tengo la más mínima idea por qué, pero algo o alguien, tal vez Él, hizo que encarara para el lado más difícil. Y así fue.

Arranqué por el costado derecho del círculo central seguido muy de cerca por dos que logré eludir pasando entremedio de ambos con una finta inédita para mí. Cuando otro, en mejor estado físico, me salió al cruce, lo esquivé pisando para adentro siempre en dirección a uno de los arcos, donde había visualizado una posible salida y mi salvación. El cuarto que fue a mi encuentro quedó sin efecto cuando enganché para afuera y, cabeza levantada, me percaté de que ya estaba entrando al área y quedaba cerca de mi objetivo final.

A todo esto, el corazón se me salía por la boca, pero el camino recorrido hasta ahí y los hombres dejados atrás me inyectaron una confianza inesperada.

El que parecía ser el último de los indignados intentó tapan el arco extendiendo sus brazos y se tiró a mis pies cuando vio que yo me dirigía a su palo izquierdo, pero su intento fue estéril. “Ya estoy” pensé en ese microsegundo, pero el hombre que en un primer momento me había dejado ingresar al estadio me fue desde atrás con una especie de zancadilla que me hizo trastabillar muy cerca de la línea de gol. Estuve a punto de caer y todavía no sé cómo me mantuve en pie. Me clavé en el arco, entre el falso arquero, el que me quiso hachar desde atrás, y el palo izquierdo. Salté el foso ya como un atleta, caí en la tribuna y salí corriendo en dirección al mismo portón por el que ingresé en un primer momento.

Lo último que vi del San Paolo fue a las dos mujeres que estaban con el hombre al principio de todo. Una me miraba con la boca abierta y las cejas bien arriba, mientras que la otra tenía un manto en la cabeza que no le había visto y las manos entrecruzadas sobre su boca. Advertí en ella un gesto de felicidad por

mi increíble escape.

Finalmente salí del San Paolo, pero seguí corriendo por varias cuadras más. Solo paré para preguntar por “la Metro”.

Llegué a Campi Flegrei, otra de las estaciones cercanas al estadio, compré el “biglietto” y lo validé como el más experto en tiempo récord y alguien, otra vez, hizo que el tren llegara en el preciso momento en que levanté mi pie izquierdo del último escalón previo al andén.

Me subí, me senté y respiré. Fuerte, muy fuerte. Tenía la camiseta empapada y la gente de los otros asientos no paraba de mirarme. El tren arrancó y sentí alivio. Dos paradas más adelante comencé a reírme solo, y hasta saqué la cámara de la mochila para mirar algunas fotos.

Me reencontré con mi novia y no le conté nada. Sentí que era algo mío, de esos napolitanos enfurecidos y de alguien más. Me gusta pensar que de Él. Al otro día fuimos a la playa y al otro ya emprendimos la vuelta hacia Mendoza.

Estuve en lugares increíbles y viví experiencias inolvidables en Europa, pero ninguna como la del San Paolo.

En el primer asado por mi vuelta, le conté todo esto a mis tres amigos más cercanos y de confianza: dos se me quedaron mirando incrédulos sin reacción y el otro me dijo, directamente y en la cara, que no me creía una palabra de lo que me pasó en Nápoli.

Pero yo sé que fue así. Yo, los napolitanos del estadio y alguien más. Tal vez sea Él o no. Pero lo que sí sé y estoy seguro es que, lamentablemente para mí, no me van a recibir igual que Él en el San Paolo si tengo la bendita fortuna de visitarlo una vez más.

HINCHA DE PIEDRA

POR EZEQUIEL DERHUN

Hacía poco más de diez horas que había enterrado a su padre y en sus manos tenía la última caja que le encomendaron, por favor, que no entregara a la mudanza ni regalara. Lo primero que encontró fue el guardapolvo. Los botones cosidos hasta el infinito todavía estaban ahí, a la espera de que la inocencia vuelva a perderlos. El aroma enmohecido que solo brindan dos décadas de encierro atestiguaba su paso por la escuela Guillermo Rawson.

“Cosas de la escuela del nene”, decía el rótulo de la caja. Había carpetas con hojas maltrechas que soportaron como guerrilleras cientos de inoperantes hojallitos. Había una bolsa de higiene cuadrillé celeste y blanco, como no podía ser de otra manera, todavía con restos de talco, pero insuficiente para cubrir el añejo perfume.

“Pedro Rocca”, decían los lápices raídos en un desprolijo bajorrelieve, desparrramados entre sacapuntas oxidados y gomas insalvables. Tanteando con la mano, en el fondo halló una piedra, no le hizo falta verla para saber lo que significaba. Al tomarla en su palma sintió la porosidad adecuada para el deslizamiento, chatita, pero con el cuerpo y volumen recomendado para disputar el mejor partido de fútbol del mundo. La apretó fuerte hasta que la transpiración le dio un poco de brillo. No pudo evitar volver a pensar en algo que le rondó la cabeza cuando abrazaba a su tía Marcela mientras bajaba el cajón de su padre: por qué nunca lo hizo hincha de un club, de ninguno. Ni siquiera llegó a saber si le gustó el fútbol o no. ¡Por qué, carajo!

Se sentó a puro suspiro arriba de un sillón descuajeringado que iba a ir “derecho a la calle”, le había anticipado la tía. Las cosas de la madre, que murió cuando Pedro estaba en la secundaria, ya estaban guardadas hace rato, un año antes de

que el padre empezara a “desmejorarse”, según la tía. La piedra iba de una mano a la otra. De repente, recordó al Gordo Almada, él había perdido a la madre apenas ingresaron a primer grado. ¡Qué faulero era Almada, por Dios!, pensaba con media sonrisa dibujada en su rostro. Y las maestras le perdonaban todo, todo. Claro, era entendible, pero en pleno partido, con un recreo de escasos minutos, cualquier contemplación era desequilibrar el pleito.

Porque en el patio de la Rawson, el que era exclusivo para los de primero y segundo, los partidos durante los recreos eran a todo o nada. La cancha, tamaño básquet y embaldosada. Bajo la promesa de un eterno techo que nunca llegaba, en los laterales siempre había tierra, vigas y piedras; materia prima de la pasión. Arcos clásicos de hierro y redes imaginarias. En el medio, desparramados como hormigas, dos cursos de primero y dos de segundo grado corriendo a lo loco después de horas eternas de “mi mamá me mima”, sumas y restas imposibles.

¡Cómo puede ser que mi viejo no me haya hecho hinch de ningún club!, gritó Pedro en medio de la habitación.

En la primaria, ser hinch de un club era clave, la división de equipos empezaba así: los de Boca para un lado y los de River para otro. Después, se rellenaba con el resto, Racing, Independiente, San Lorenzo y algún colgado de Estudiantes o algún equipo local. Pedro fue de cada uno de ellos, según el día y la conveniencia. Si bien los chicos en primer grado apenas saben sumar y restar, les alcanzaba con la vista para saber que los equipos estaban parejos.

El “pan y queso” era sólo para el saque. Pero eso sí, había reglas. El Gordo Almada no podía estar junto con el cabezón Martín, que era un petiso atorrante y pegaba igual. Los mellizos Pellegrino, siempre uno para cada lado, eran habidosos y había que ser ecuanimes. Arquero bueno, bueno, sólo uno: el pailón Di Leo, que era hinch de Boca y ese equipo siempre contaba con ventaja.

El resto no sobresalía demasiado, salvo el día que Pedro se llevó la piedra. “Pedrito”, como le decían las maestras, pestañó para volver a la realidad, se puso de pie, cerró la caja y le puso candado a la habitación de las “cosas intocables”. Allí quedaría hasta que vendan la casa de mamá y papá o hasta que se muera alguien más y tengan que guardar otras cosas intocables para seguir anidando recuerdos embalados.

Cuando salió a la vereda se apoyó sobre la verja a media altura, de esas que ya casi ni se ven, con poéticos firuletes de hierro. Sacó un cigarrillo y con una primera y profunda pitada masculló la promesa que se había hecho para dejar de fumar si su viejo salía vivo del hospital. La segunda pitada fue con rabia. El celular vibró y sintió como repiqueteaba la piedra que se había guardado en el bolsillo. “Cerraré bien todo”, decía el mensaje de la tía Marcela.

El pase claro y al vacío de uno de los melli Pellegrino fue clave. Pedro pisó la piedra con autoridad en mitad de cancha y encaró para el arco rival. Esquivó como pudo a Tania y las chicas que jugaban al elástico y se renegaban a cedernos

espacio. Si hubiera sido un ganador (entendiendo el término como lo aprendió Pedro, viendo miles de películas norteamericanas en los “despampanantes” años 90 que trajeron la TV por cable), tal vez le hubiera guiñado un ojo a Tania y la hubiera hecho enredarse. Pero no era un ganador, siempre fue uno más, salvo esa mañana en el patio de la Rawson. Pedro se fue hasta el lateral derecho, donde era peligroso según la “Seño”, ahí estaban las futuras columnas del techo prometido con “peligrosísimas” puntas oxidadas que podían hacerle daño a los chicos. No le importó, por el lateral sumó metros esquivando el gentío de pibes que, entre figuritas, correrías y demás charlas de recreo, entorpecían los tres cuartos de cancha. Cerca del área, esperaba el Gordo Almada.

Sergio Rocca, el papá de Pedro, se había llevado a la tumba las razones certeras por las que nunca hizo hinchas de un club a su hijo. Tenía cierta idea del librepensamiento heredado de su padre anarquista que hizo, posiblemente más por capricho que por ideología, que dejara a Pedrito huérfano de camiseta.

Huérfano, ahora Pedro iba por el segundo cigarrillo aún sentado en la verja y con la piedra en la mano, que hacía de turbina para desempolvar recuerdos.

Era temible Almada, pero ese día Pedro, vaya uno a saber por qué, se decidió a encararlo mientras sus compañeros le taladraban los oídos al grito de “acá, acá”. Lo cierto es que llenó sus piernas de coraje y avanzó dando toquécitos cortos a la piedra, acariciándola baldosa a baldosa, hasta que el cruce fue inevitable. Pedro pateó la piedra con la intención de un autopase. Almada tiró una patada con el sello “hombre o pelota” tatuado en la frente. Azar o repentino acto de gracia, la piedra pasó entre las piernas del Gordo y Pedro dio el salto justo, elegante, para seguir en carrera; el pailón Di Leo aguardaba en el arco con los puños preparados.

Tiró el pucho y rememoró ese mano a mano antológico. Colocó la piedra en el suelo y jugó llevándola de un lado para el otro entre los zapatos, pero el flashback en su mente recibió un foul visual por parte de Omar, el vecino de toda la vida, quien apareció en la casa de enfrente a mirar qué pasaba afuera, el hobby preferido de los viejos. Pasando los 90 años, Omar nunca perdió la pasión por los colores de Racing. Sin embargo, tal vez por las incongruencias del fútbol, el “apasionado” Omar nunca dejó que los chicos de la cuadra jugaran en la calle durante la hora de la sagrada siesta. Pedro, con legítimo rencor, pisó la piedra y le dieron ganas de pegarle un puntinazo para que dé en la frente al casi centenario hinchas de la Academia.

Pedrito, a metros del arquero y más de 20 años atrás, también decidió por el puntinazo, nada de lujos a esa altura, había que asegurar la hazaña y la única manera era con un puntapié firme, sin importar el dolor del uñazo. La piedra se deslizó como nunca, casi sin tocar el suelo, su destino era el ángulo inferior derecho de Di Leo. Cada vez que un gol de características históricas está por acontecer, el tiempo, para quienes están por vivir tal momento de euforia, se detiene.

La piedra iba encaminada al “palo y gol”, pero a centímetros del grito desaforado, la suela tipo tractor del Pailón frenó la piedra-pelota justo en la raya, presionándola de manera milagrosa contra el palo, justo sobre la línea de gol. Pedro Rocca, alumno de primer grado B de la escuela Guillermo Rawson, ni siquiera parpadeó y se dirigió con el grito ahogado a darle el último toque para vencer la pierna de Di Leo. Se sucedió una serie de patadas contra la piedra ante la férrea defensa del Pailón, que mantuvo a la piedra sobre la línea. Una y otra vez Pedro insistió mientras sonó el timbre.

Mientras algunos compañeros bajaban los brazos y se daban la media vuelta para volver al aula, Pedrito cerró los ojos y, con lealtad, dio una última patada de lleno sobre la piedra. El aullido del pequeño Rocca desagotando sus pulmones de gol no aturdió a nadie y no alborotó a las maestras, ya todos estaban en clase nuevamente. No hubo abrazo ni se dieron la mano con el Pailón Di Leo, pero sí hubo un cruce de miradas de dos gladiadores que se rinden respeto. Jugaron una carrerita hasta el aula y, con la excusa de que habían ido al baño, la Señora les perdonó la tardanza.

La sonrisa que Pedro tuvo en sus labios hasta que lo pasó a buscar el transporte escolar a la salida del cole es la misma que tiene ahora sentado de nuevo en la verja.

“Es inentendible no ser hincha de un club”, le dijo una vez Pedro a su papá, cuando lo acompañó en un viaje y se sentaron en un restaurante de ruta a comer tallarines. “El fútbol es inexplicable”, le contestó el padre mientras enroscaba los fideos. ¡Qué pavadas decía mi viejo!, pensó Pedro, el hincha de nadie, el que nunca arrojó la piedra.

EL TANO

POR FRANCISCO PÉREZ OSÁÑ

I

El Tano Carini cayó en el centro del área, y el árbitro no dudó en cobrar penal. La falta había sido evidente: el defensor, al ver que ya no tenía posibilidades de sacarle la pelota, le aplicó un tackle que —en algún otro deporte, el rugby— hubiera sido una belleza. La hinchada estalló, tanto como pueden estallar cuarenta y tres personas reunidas durante una tarde de invierno en un pueblo más bien alejado de la capital salteña. Carini se levantó y miró a la tribuna buscando a Mariela al tiempo que se peleaba con el siete por la pelota. El penal era suyo.

Durante la semana había planeado todo. Lo primero era conseguir una remera que dijera “Casate conmigo”. Podría ser una pregunta también, pero imaginó que Mariela respondería mejor a la sorpresa con una orden. Iba a ser un momento de mucha emoción, y lo más conveniente era no dejar que la conmoción del festejo y la proposición hicieran que Mariela dudara frente a todos. Segundo, les dijo a sus compañeros que cuando hiciera el primer gol lo dejaran festejar solo.

Si bien a primeras la parte del “primer gol” parece una exageración, lo cierto es que Carini no estaba pecando de orgulloso. Esa temporada, la segunda en la primera división de Deportivo Güemes, había logrado romper algunos récords: el de mayor cantidad de goles por partido en un campeonato del club y de la división, el de mayor cantidad de goles por campeonato del club y de la división y el de mayor cantidad de expulsiones en un campeonato, pero solo de la división, porque por Güemes había pasado el “Infernal” Layseca, cuya triste marca era de una roja cada dos encuentros, es decir, el máximo humanamente posible. Carini, en cambio, sólo había llegado a las once, lo que de todas maneras es impre-

sionante. A su carácter enojón, origen del apodo “Tano”, se le sumaba su afición por el boxeo, deporte que había practicado hasta los quince años, cuando se decidió a jugar al fútbol.

Su plan culminaba con un casamiento descomunal en Temperley, lugar adonde llegaría una vez terminado el torneo. Su pase fue una noticia a nivel nacional. Al hecho de subir tres divisiones se le sumaba el otro récord que había alcanzado, el de ser el jugador salteño más caro de la historia. Una vez instalado en la casa que le daba por contrato el club, podría planear la fiesta con tranquilidad. Era hora de comenzar con la ejecución.

II

El primer partido en el club de un poderoso sindicato ligado a la construcción iba a ser el desquite. Carini, después de errar el penal, se había apagado dentro de la cancha. Hizo poco más hasta que se terminaron los noventa minutos, y completó así el primer partido sin goles de esa temporada. Por la noche se reprimió su actitud, y prometió dejar la camiseta para su debut en el nuevo club. El poder del gremio que manejaba el equipo aseguraba la presencia de cámaras, y un público bastante más nutrido, por lo que la proposición iba a ser, inevitablemente, más romántica. Si a Mariela, que lo había seguido a Temperley como había prometido que lo seguiría a todos los clubes por los que pasara, le quedaba alguna duda sobre su respuesta, por lo menos la presión y el consiguiente circo mediático que su gesto atraería, inclinarían la balanza hacia el sí.

Carini entró a la cancha y se sintió dueño de su destino. Su nuevo club, conocido como el “Ladrillero”, era el segundo peldaño en una escalera que terminaba en Europa, con campeonatos mundiales bajo el brazo y algún que otro escándalo con supermodelos y accidentes en autos de alta gama. Para Carini, ese club, relativamente joven, era el escenario ideal para mostrarse al mundo. El plantel era competitivo, por lo que estaría bien acompañado, y el seguimiento que había conseguido era importante, a pesar de la tendencia que tenían sus hinchas más fanáticos a sacar sus armas, y a usarlas, por las razones más intrascendentes. Un buen campeonato le aseguraba el pase a uno de los grandes de Argentina, algo que sólo podía seguir con una venta millonaria a España o Inglaterra.

Cuando el primer tiempo terminó sin goles, Carini estaba nervioso. Había pateado varias veces al arco. Sus disparos, fuertes, rectos, bien direccionados, parecían no poder entrar al arco. Un palo, dos tiros que se pasaron a centímetros del travesaño (del lado equivocado), y una atajada que los diarios de mañana calificarían de “milagrosa” eran su cosecha. En el vestuario sentía que la remera que decía “Casate conmigo” le quemaba el pecho. Intentó controlarse, pensó en la sorpresa de Mariela, el aplauso del público, los comentarios sentimentales de los relatores y los videos de YouTube que darían la vuelta al mundo. Un gol,

un golcito, un tiro que no pasara a centímetros de, que no fuera tapado por el arquero o pegara en uno de los palos o se fuera a la tribuna o al lateral o rebotara en el árbitro y terminara en gol en contra o... Carini no se estaba controlando.

III

La primera de sus malas temporadas terminó, como es de esperarse, mal. El Tano jugó diecisiete partidos como titular, y consiguió un total de cero goles y cuatro expulsiones. El resto del campeonato dividió sus partidos entre la banca, algunos partidos en la reserva, y el sillón de su casa, y no pudo generar ni siquiera un escándalo con una vedette de tercera línea. Durante esos meses sólo tres cosas se mantuvieron constantes: la imposibilidad absoluta de hacer goles; la decisión, que ya rozaba la obsesión, de proponerle casamiento a Mariela mostrando la remera que decía “Casate conmigo” durante un festejo; y la paciencia inagotable con la que Mariela lo acompañaba.

Bajó una división y terminó en un tradicional club pampeano que había sido comprado por un grupo de empresarios dedicados a la exportación de granos. Los récords que había roto en su club salteño y la intimidante suma que el club de Temperley había pagado por su pase todavía pesaban algo, y los dirigentes pensaron que era posible que con un buen psicólogo deportivo y mucho trabajo Carini recuperara su mejor forma. Se equivocaron de manera espectacular. El Tano no sólo siguió con su mala racha, y la relación con el doctor finalmente causó su salida del club.

Cuando durante la última de sus tres sesiones el psicólogo deportivo, que no encontraba la raíz del problema de su paciente, intentó un acercamiento al psicoanálisis tradicional y le preguntó por su padre, el Tano perdió los estribos. Primero le tiró con una foto que el pobre hombre se había sacado junto a Abreu, luego lo persiguió por su consultorio intentando atravesarlo con un abrecartas (regalo de Martín Palermo) que agarró del escritorio. Finalmente, lo arrinconó contra una biblioteca y lo golpeó con la autobiografía de Marquitos Di Palma (una copia de “La velocidad y la nada” dedicada al psicólogo) hasta que logró calmarse. Los dirigentes le comunicaron su salida a través de Mariela, y accedieron a no presentar cargos penales si el Tano accedía a no pisar nunca más la sede del club. A pesar de esa salida, dos años después Carini recordaría su paso por La Pampa como algo casi paradisíaco.

IV

Que la vida da giros inesperados es tan cierto como que “la vida da giros inesperados” es un cliché que se utiliza para evitar entrar en detalles sobre las desgracias de los desafortunados. La vida de Carini, los años posteriores a su paso

por La Pampa, realmente no dio giros inesperados. Más que una montaña rusa parecía un tobogán, siempre descendente, llevándolo al fondo cada vez a mayor velocidad.

Al final de su carrera, si le preguntaban sobre los años oscuros que vivió tras su época como jugador del Deportivo Güemes, el Tano respondía con evasivas, pero no por falta de ganas de explicar que algo le impedía hacer goles, algo que él no controlaba, sino porque a partir de un punto sólo recordaba la confusión que sentía por las mudanzas constantes, los cantos de las hinchadas mezclados y revueltos, los estadios más o menos iguales y más o menos distintos, y los directivos siempre buscando una explicación coherente al problema del delantero que no hacía goles nunca. “Sólo quería pedirle a mi novia que se case conmigo”, quería decir Carini, pero imaginaba risas y burlas como respuesta, y cambiaba de tema.

Un par de años después de su pelea unilateral con el psicólogo, su carrera estaba prácticamente acabada. Había pasado por la mayoría de las divisiones y un par de ligas regionales, siempre con el mismo resultado. En los entrenamientos jugaba de manera normal, hacía goles, casi parecía que se divertía. El día del partido, en cambio, no se le daba una, y la frustración lo transformaba en el boxeador que era a los quince años.

Los clubes por los que pasaba intentaban todo lo que estaba dentro de sus posibilidades para terminar con su sequía: del psicólogo deportivo pasó a lo que el nuevo equipo pudo pagar, un psicólogo normal, del psicólogo normal a un médico clínico, del médico clínico pasó a un brujo que tenía fama de poderoso, luego a uno que tenía fama de efectivo, y después a una tarotista que era un reconocido fraude. Del paganismo pasó a la religión, y se entrevistó con un cura, un rabino, dos brahmanes budistas y un fanático de los platillos voladores que aseguraba ser el jefe supremo de una religión venusina y que terminó siendo, para sorpresa de pocos, un loco. Finalmente, como hicieron muchos hombres casados y hacían varios de sus compañeros del equipo fueguino en el que estaba, acudió a las prostitutas. Nada dio resultado.

Fue en ese equipo fueguino en el que se dieron cuenta de que todos los partidos Carini usaba una camiseta que decía “Casate conmigo”, y también allí se comenzó a hablar de una maldición. El Tano negó todas las acusaciones contra su remera, contra Mariela, contra él y, finalmente, contra su madre. La historia de la maldición llegó rápidamente a oídos del técnico, quien le pidió a Carini que probara, por lo menos un partido, jugar sin nada debajo de la camiseta del club. “Tengo un plan y lo voy a seguir”, respondió Carini. Después, en lo que pensó que era un gesto muy romántico, pero romántico al estilo siglo XVIII y no al estilo proponerle casamiento a tu novia con una remera, hizo que el técnico eligiera entre dejarlo seguir el plan y su estadía en el club. Al día siguiente hizo las valijas.

V

Pasó un año más para que Mariela se enterara de la existencia de la remera que decía “Casate conmigo”. El Tano a esa altura se preocupaba más bien poco por su carrera. Los días de partido se levantaba una hora antes del juego, aunque fuese a la noche, se vestía en su casa y se iba al estadio en la moto que le había dado el equipo, un club catamarqueño cuya única cualidad sobresaliente era que la hinchada cantaba canciones muy pegadizas creadas por el maestro de música de la escuela del pueblo, una especie de celebridad local. No es de extrañar que eventualmente Mariela encontrara la remera tirada debajo de la cama, y al verla tan gastada, y al conocer la tozudez del Tano, utilizara el sexto sentido que las mujeres tienen para darse cuenta cuando los hombres están siendo estúpidos y entendiera todo.

En ese terrible instante se le formuló un dilema: podía confrontar al Tano, y obligarlo a dejar de usar esa remera para terminar con su mala racha; o podía esperar que la remera no tuviese nada que ver con la mala racha y aguardar pacientemente otro lustro a que el Tano hiciera un gol y le propusiera casamiento, probablemente en un torneo de profesionales salteños. La primera opción era la peor, porque el Tano no soportaría dejar de lado su plan, ni siquiera por pedido de Mariela. Era capaz de dejarla solo por proponer jugar sin la remera. La otra opción era casi tan mala como la primera. Mariela conocía la capacidad de Carini, y durante sus inicios como jugador había visto el mismo futuro que él. Dejar que su carrera terminara de morir sólo porque quería pedirle matrimonio le parecía de una crueldad inimaginable. El problema parecía no tener una solución satisfactoria.

VI

Como de costumbre, el Tano llegó al estadio diez minutos antes de comenzar el partido. Era su tercer encuentro en el Chañar, y la mitad de la hinchada ya lo odiaba con locura. El maestro de música había compuesto una melodía en contra suya, que tenía como base “Café La Humedad”, de Cacho Castaña, y que había prendido de manera inmediata en la parcialidad del club. Cuando entró al campo ya habían llegado al estribillo: “No vas a mojar/sos la decepción/nunca entrás al área/qué triste que sos”, etc... Para Carini era sólo ruido de estática, no era la primera vez que le dedicaban un canto y suponía que no iba a ser la última.

El partido pasaba como habían pasado otros: Carini se paraba en la medialuna del área y esperaba algún pase perdido. Si la pelota le llegaba, pateaba en la dirección general del arco, sin levantar la cabeza. Ya no esperaba escuchar un grito de gol. Casi al final del primer tiempo se puso a escuchar los cantos de la popular

local, ubicada detrás del arco. El maestro estrenaba tema y miraba cómo la gente cantaba las palabras que le había puesto a la música de la canción de Wham!, “Faith”. Mariela estaba sentada a su lado, y le hablaba con una sonrisa. Una pelota le pasó por encima de la cabeza, pero no le prestó atención. Mariela se acercaba más al maestro, le sonreía más y comenzó a acariciarle la pierna. El hombre le había dejado de prestar atención a la ejecución de su nueva obra, y parecía absorto en la belleza de Mariela.

Carini estaba temblando. A pesar de su carácter, nunca había estado tan enojado en su vida.

Mariela se acercó más al maestro, y lo besó. Algo dentro de Carini hizo “crack”, pero el silbato del árbitro tapó el sonido cuando marcó el fin del primer tiempo.

En el vestuario Carini volvió a volver a perder el control. Lo primero que hizo fue sacarse la remera que decía “Casate conmigo”, y romperla a la mitad, lo segundo fue amenazar de muerte al técnico, que le dijo que no iba a jugar el segundo tiempo; y lo tercero fue decirle a quien lo reemplazaría que le iba a quebrar las dos piernas si pisaba el pasto del estadio. Salió al campo hecho una fiera.

La primera pelota que tocó venía pegada a uno de los centrales rivales, que salió despedido y cayó a varios metros de donde había estado parado. El Tano comenzó a correr enceguecido. Sólo veía el arco y a Mariela besando al idiota de las canciones. Algún defensor salió a marcarlo, pero fue como si un globo de cumpleaños intentase frenar la marcha de un Boeing de carga repleto de tanques, acorazados y odio por una especie de celebridad de un pueblito catamarqueño. Cuando pateó al arco el estadio estaba en silencio. Cuando la pelota tocó la red hubo una explosión de las que Carini había olvidado que podía provocar. Gritó como nunca había gritado nada. Su futuro volvía a ser suyo, los goles, la fama, Europa, las vedettes, las copas, los mundiales, los escándalos, la riqueza, la grandeza de los realmente talentosos, la decadencia de los realmente grandes... Todo. Por un segundo se olvidó de Mariela. ¿Qué iba a hacer con Mariela, que lo había acompañado siempre, que había soportado su mal humor, su frustración, su fracaso y su tristeza? ¿Iba a poder quedarse con la única persona que lo había apoyado a pesar de todo? ¿Qué iba a hacer con Mariela? La mujer que se había enfrentado a un problema que parecía no tener solución, que ahora lloraba desconsolada en un rincón de la tribuna, y esperaba que Carini, que nunca entendía nada, entendiera lo que se puede llegar a hacer por amor.

LA MAGIA DE ZIZOU

POR GONZALO GLORIOSO

Eran las cuatro de la tarde del miércoles 18 de abril de 2007. Osvaldo se encontraba en el living de su casa, analizando la programación deportiva de la TV. Buscaba, control remoto en mano, el partido que Barcelona jugaba por las semifinales de la Copa del Rey. Le interesaba ver a un pequeño formado en la cantera del club catalán. Disfrutaba de observar a los jóvenes prospectos porque él trabajaba en las inferiores de Godoy Cruz. Se disponía a disfrutar de la transmisión hasta las seis, hora en que le tocaba ir al entrenamiento, cuando vio que su hijo se acercaba con un signo de interrogación en los ojos, ávido por conocer las verdades de este mundo. Era uno de esos momentos para los cuales Osvaldo creía nunca estar preparado; el instante en que el primogénito hace una pregunta incómoda. ¿Dios existe? ¿Cómo se hacen los bebés? ¿Qué significa peronismo?

—Papá —dijo el niño de nueve años— ¿Existe la reencarnación?

Osvaldo, en general, era un tipo sencillo, práctico, alejado de lo místico y del esoterismo. Sin embargo, esta vez, a pesar del tópico, se jactaba de tener fundamentos para contestar a la duda de su hijo. Recordó, por supuesto, la historia de Leandro Sambueza.

—¿Qué es la reencarnación? —le preguntó Osvaldo de vuelta para saber lo que el purrete anduvo escuchando por ahí.

—Es cuando una persona se muere, pero su alma sigue viva, y entonces vuelve a nacer.

—¿Nace otra vez la misma persona?

—No, no, nace una persona distinta, pero con el espíritu del otro adentro —aclaró el niño— ¿Eso existe?

—La reencarnación —dijo Osvaldo—, es la idea de que la esencia de una per-

sona, llámese alma, espíritu o energía, deja un cuerpo que ya no sirve para volver a la vida en otro. Supuestamente estas almas que regresan tienen algo que resolver en la Tierra antes de irse al mundo de los muertos. A veces, la persona que vuelve a nacer se acuerda de cosas que le ocurrieron en la vida anterior, o tiene habilidades que aprendió siendo otro ser humano. Su hijo lo miraba atento con el entrecejo fruncido, escuchando cada palabra, intentando otorgarle un sentido a todo lo que su padre decía. Osvaldo, entonces, procedió a contarle la historia de Leandro Sambueza.

Ahora podemos narrar los hechos con la ventaja de la perspectiva del paso del tiempo. Sin embargo, cuando nació Leandro nadie sabía lo que estaba ocurriendo, ni siquiera lo sospechaban. No se sabe a ciencia cierta si ocurrió durante su nacimiento o si fue algo que cambió durante su primera infancia; lo cierto es que, a Leandro, un chico como cualquier otro, se le otorgó un don divino y especial. Al principio, la gente pensaba que era solo eso, un talento único que lo separaba del resto de los mortales.

Su don, específicamente, era el de jugar bien —qué digo bien; muy bien— al fútbol. A los cinco años manifestaba una técnica inusual para los niños de su edad, dejando en claro que estábamos frente a un prodigio del balompié, aunque nadie intuía de dónde provenía la magia. Leandro y su familia vivían en un remoto pueblo de la cordillera mendocina llamado Bowen. Su padre criaba chivos en una estancia de la cual no era el dueño sino el casero. Nunca había sido un deportista de excelencia y su mujer tampoco.

Como todo niño, Sambueza comenzó a jugar en las calles del barrio con lo que fuera que sirviera de pelota; naranjas, manzanas, medias hechas un bollo, incluso pateaban botellas con tal de estar pateando algo. Leandro era tan hábil que dominaba con facilidad esos envases de plástico aplastados por los pisotones.

El primero que se dio cuenta de que estábamos frente a un lírico fue el profesor de educación física. Un día que no tenía muchas ganas de trabajar reunió a todos los varones por un lado, los dividió en dos equipos y les dejó una pelota en un playón de cemento con dos arcos sin redes. Al cabo de unos minutos el juego consistía en intentar quitarle el balón de los pies a Sambueza.

Lo perseguían entre dos, tres y a veces de a cuatro, pero la caprichosa seguía atada a sus botas. Muy atento, el profesor llamó a su cuñado, un ex jugador que se había dedicado a montar una escuelita de fútbol.

El padre de Sambueza le compró sus primeros botines, unos Adidas negros de cuero, relucientes, y lo acompañó a la práctica para ver si en verdad el juego de su hijo valía los elogios del profesor. A Leandro lo incluyeron dentro del grupo de ocho años porque era más acorde a su porte físico. Para tener seis años era muy alto, el más alto de la fila siempre, y era tan flaco que se podía adivinar cada uno de sus huesos.

A poco de comenzar el partido, el portero del equipo de Sambueza despejó

un balón del área, un compañero intentó controlarlo, pero le rebotó en el hombro y, para suerte de todos, la pelota cayó en el muslo de Leandro. La controló con un toque y en ese mismo momento se dio cuenta de que el arquero estaba adelantado. No importó que estuviera en la mitad de la cancha.

No importó que le quedara para la zurda, la de palo. La bola estaba suspendida en el aire, lista para un zapatazo violento. Leandro metió un zurdazo bien alto con el efecto necesario para que volviera a bajar antes de superar el arco. Golazo, de cabo a rabo. Después de ese día comenzó a jugar con los de diez años.

Para el 98 Sambueza había cumplido una década de vida y su progresión en la academia de fútbol parecía llegar a su techo. Todavía jugaba con los más grandes, sin embargo, ya no quedaban muchas más categorías para arriba. El camino a seguir era probarse en las inferiores de algún club de Mendoza, en la prenovena, lo que implicaba mudarse a la ciudad. Le dijo a su papá que quería quedarse hasta después del Mundial para participar del campeonato local con sus amigos de la escolita.

Dos semanas después de la final de Francia, Leandro jugó la definición del torneo y la ganó metiendo dos goles de cabeza, calcados a los de Zidane. Todos los presentes hicieron referencia a lo similar que habían sido los goles, culpando a la casualidad, llamándolo una mera coincidencia, sin saber que algo aún más extraño estaba sucediendo.

Con el campeonato local bajo el brazo como pedigrí, Sambueza viajó a Mendoza a las pruebas en las inferiores de Godoy Cruz, donde Osvaldo cumplía funciones de entrenador. El padre de Leandro le mencionó los goles parecidos, comparando a su hijo con Zizou. Le dijo que lo viera, que le diera unos minutos para demostrar lo que podía hacer. Cuando le tocó saltar al campo, Leandro desplegó todo su repertorio. Jugaba con esa misma serenidad premeditada, el mismo toque corto sutil, la misma gambeta elegante. Su arma preferida era la ruleta, envolvía la redonda debajo de la suela y, girando el cuerpo como un bailarín, se libraba de cualquier encrucijada. Desde ese día Leandro formó parte de la cantera del Tomba.

La prueba irrefutable de que alguna fuerza sobrenatural influía en el destino de Sambueza, fue en el año 2002, un miércoles de entrenamiento. Por edad tenía que jugar en la octava, pero por la madurez de su juego entrenaba en la séptima, con los de quince. Así y todo, se le hacía fácil deshacerse de sus oponentes, marcar goles o dar asistencias perfectas. Entonces aquella tarde lo invitaron a participar en un partido con los chicos de la sexta división.

El encuentro llegaba a su fin, había sido una actuación respetable la de Sambueza ante rivales más grandes, hasta que un balón salió disparado por los aires muy cerca del arco rival, en el filo del área. Leandro se paró firme y enganchó la pelota de aire con una volea cósmica teledirigida a la escuadra. Una tijera hermosa que se clavó en el ángulo de la portería. Todos aplaudieron la maravilla,

pero minutos más tarde quedaron atónitos cuando fueron a tomar una gaseosa a la cantina del club.

La pantalla del televisor mostró a Zinedine Zidane metiendo un gol idéntico al de Sambueza; una volea magistral a la altura del pecho. Nadie podía decir a ciencia cierta quién lo había hecho primero, si el genio del Real Madrid o Leandro, en su entrenamiento. Lo cierto es que, casi en el mismo momento, marcaron el mismo gol de antología, aunque en distintos escenarios. Uno en Glasgow, en la final de la Champions League, el otro en el Gambarte, entrenando con los de la sexta. Aquella tarde, de manera instantánea, nació un apodo; Zizou Sambueza, el pibe que metía los mismos goles que Zidane.

Los años pasaron con altibajos para ambos. Zizou, el de verdad, sufrió una lesión y su Francia quedó afuera del mundial de Corea y Japón en la primera rueda. Luego vimos un Zidane magistral cosechando los últimos títulos de su palmarés. Por su parte Leandro mostró los mismos altibajos que la estrella francesa. Subió algunas categorías, pero le costó mantenerse como titular indiscutible, en parte por sus intermitencias, en parte por el presente del club.

Con el ascenso logrado en 2005, jugar en la Primera del Tomba era un desafío mucho más exigente. Sambueza se las había ingeniado para integrar el plantel de la Reserva durante toda la campaña del ascenso.

Cuando Godoy Cruz volvió a competir en Primera División, a Leandro le llegó la oportunidad que estaba esperando. Un día el entrenador de la reserva se le acercó para decirle que, si jugaba bien en el próximo partido, el director técnico del primer equipo lo iba a tener en cuenta para un posible debut. Era el sueño de cualquier chico haciéndose realidad; jugar en la Primera Division del fútbol argentino, semillero de estrellas como Maradona, Bochini, Kempes, Passarella, Riquelme, Batistuta, Verón y tantos otros jugadores que escribieron páginas doradas en la historia del balompié.

En la siguiente fecha Leandro jugó como para demostrar que salía a ganar, que quería jugar en Primera, que llevaba el fútbol tan adentro como cualquier otro, e incluso más. Jugó bien, sin pérdidas de balón, generando peligro, pasando con inteligencia, aunque lo mejor del repertorio se lo guardó para el final. Cuando el tiempo reglamentario estaba por acabar le cometieron un penal.

Con más seguridad que nunca pidió la pelota para definir el encuentro desde los doce pasos. Tomó una carrera corta y cuando llegó a impactar el cuero, lo hizo con un toque sutil, casi displicente, picando la pelota a lo Panenka.

El balón rozó el travesaño, botó adentro del arco y volvió al punto del penal producto del efecto del golpeo. Golazo de infarto que le sirvió a Sambueza para ganarse el debut.

A las dos semanas Zidane hizo lo mismo durante la final de la copa del mundo de Alemania. Logró empatar ante los italianos, pero luego vino el cabezazo a Materazzi, Elizondo que lo echó, y de buenas a primeras la carrera de Zizou

como futbolista profesional llegó a su fin.

De ahí en adelante Sambueza no volvió a ser el mismo. Debutó en Primera División, pero no dio la talla para mantenerse en el plantel. Perdió la magia. Zizou ya no metía más goles, entonces él tampoco brillaba. Puede haber sido una rara, rarísima coincidencia, pero todo hace pensar que no, que algo inexplicable jugó su parte. Tal vez haya sido una reencarnación que sucedió antes de tiempo, algo así como una falla temporal dentro de las reencarnaciones.

Tal vez por eso se desvaneció de un día para otro, sin dar aviso, porque era un error.

—¿Entonces vos creés en la reencarnación? —le preguntó a Osvaldo su hijo, un tanto mareado por el relato.

—Sí —le contestó—, creo que existe la reencarnación.

Y de pronto, en la pantalla del televisor, un jovencito llamado Lionel Messi recibió el balón en el medio del campo. Barcelona jugaba contra Getafe la semifinal de la Copa del Rey. Messi se dio vuelta y se deshizo de un marcador y luego de otro, con caño incluido. De ahí arrancó su galopada desde el borde de la línea de cal hacia el área rival. Amagó a uno, eludió a otro y le rompió la cadera a otro más. Salió el arquero a tapar y cayó al suelo ante la gambeta del rosarino. Se acababa la cancha, se quedaba sin ángulo, pero igual se barrió y metió un golazo de otro planeta, un gol que hizo a todo el mundo recordar aquel de Diego a los ingleses. Los jugadores se tomaban la cabeza, los espectadores deliraban, se abrazaban y coreaban cánticos. El relator de la TV se volvió loco. “¡Es increíble lo que acaba de hacer Lionel!”, decía. “¡Es Maradona una vez más en la cancha, como si volviéramos en el tiempo a disfrutar del mejor de la historia!”

—¡Mirá papá! —dijo el niño sorprendido, apuntando a la televisión—. Hay otras personas que también creen en la reencarnación.

SORPRENDAN

POR JUAN MARTÍN ALONSO

“La esencia del balompié está un tanto alterada. Mejores jugadores equivalen más bien a mejores trajes, más modernos, con mejor movilidad, con cascos perfectamente oxigenados. Es cierto que también son profesionales y son entrenados desde pequeños para correr, saltar y darle a la pelota con ellos puestos. Pero la tecnología ha superado y se impone a las habilidades naturales”, cuenta el comentarista de extraños bigotes en una enorme telepantalla, aferrado al micrófono, en los minutos previos a la final.

Los humanos no esperaban que la vida cambiara tanto con el paso de los años. Las nuevas generaciones han podido sobrevivir y adaptarse gracias a los tremendos avances tecnológicos del último siglo, pero también añoran a diario lo que antes era invalorable. La tierra transita el año dos mil ciento veintidós y la raza humana lucha a diario desde el Gran Día Amarillo. No hubo mucho tiempo para reaccionar, la atmósfera fue contaminada con una extraña y poderosa sustancia que al hacer contacto con el aire limpio resultó fatal para todos y demasiado dañina para los animales.

Fue una lucha entre pueblos, una equivocación inexorable y un arma mortal que explotó sobre uno de los continentes para una feroz matanza. Peor que cualquier cataclismo, no duró más de una semana para propagarse por todo el mundo y millones de humanos dejaron de existir hasta que pudieron interpretar lo que pasaba. Refugiarse en ciertos lugares fue la salvación y lograr tener agua potable permitió subsistir. Los animales respiraron el veneno, y si bien resistieron la contaminación, cambiaron su fisonomía y mutaron para ser hoy brutales bestias de enorme tamaño que se devoran al hombre de un solo bocado.

La vida no es como antes, y lógicamente, el fútbol tampoco. Hoy los humanos

viven enfundados en trajes metálicos de diversos componentes que les proveen oxígeno puro. Son semejantes a los antiguos robots y con ellos intentan desarrollarse. Al principio los movimientos fueron algo torpes, pero con los años la calidad mejoró y el hombre se adaptó a su nueva imagen. Viven, duermen, comen, ríen y lloran con el traje a cuestas. Cualquier contacto de la piel y de los pulmones con aire viciado y están destinados a los últimos veinte minutos de su vida.

El día de la gran final, el comentarista agregó: “hay demasiadas diferencias en este encuentro. Es de esperar una tremenda goleada de por lo menos seis tantos para Estados Unidos. Nada podrá detenerlos. Siempre han sido una potencia y han hecho vanguardia en esto de los trajes para jugar al fútbol de la nueva era. Su mecatrónica es apabullante por sobre otros equipos, sin un solo defecto. Ya suman ocho títulos desde el Gran Día Amarillo. Espero que no sea una burla, una tremenda burla para Argentina que solo posee tres campeonatos mundiales de cuando el fútbol era real y natural. Cuando los hombres jugaban desnudos prácticamente allá en siglos pasados”.

Y es precisamente en siglos pasados donde el técnico argentino hizo énfasis con su equipo. Argentina estaba encontrando ciertos secretos y sus jugadores tenían una gran coordinación gracias a inspirarse mirando partidos y estrategias antiguas. De cuando transpiraban verdaderamente. De cuando Lionel Messi metía gambetas hacia adentro y disparaba con rosca al palo derecho del arquero. O el desparrame de rivales que hacía Diego Maradona en México 86. O de la tapada con los pies de Ubaldo Matildo Fillol. Querían entender el fútbol como era antes, poniendo el cuerpo sobre el césped.

En la última charla el sabio técnico argentino Alfredo Julio Márquez explicó enfáticamente: “Voy a decirles algo muchachos. Este rival es temido y parece invencible. Las máquinas están por sobre los jugadores, lo planeado está por sobre lo improvisado. La razón por sobre el corazón. Estamos en deficiencia técnica, no hay mucho para analizar”. Márquez, el querido Gordo, era famoso en el ámbito deportivo por tener ciertas particularidades. Durante toda su vida fue un estadista admirable. Conservó cuadernos hechos a mano, únicos, escritos con lápices de colores. Tantos números y tantos porcentajes lo hicieron un sabio y llegaba a inmejorables conclusiones. “Necesito que entiendan que nosotros podemos llegar a tener algo que los demás no tienen. Lo que hemos perdido en distintas generaciones de futbolistas mitad hombre, mitad máquinas es... es la sorpresa. Casi todos carecen de ella. Fíjense bien, miren a los jugadores que se esfuerzan al máximo por correr en línea recta por una pelota. Son duelos de aparatosos fierros por ver quién llega primero. Es como una competencia dentro de otra, que le gusta a la gente, claro, pero que a nosotros no nos sirve demasiado”, reflexionó detrás de su máscara en la que se dejaba ver una gran barba blanca.

Levantó una de sus reliquias (un cuaderno Rivadavia) y repitió antes de mandarlos a la cancha: “Estas estadísticas que he hecho por años, anotando distintos planteos tácticos, no me sirven para un carajo ahora. ¡No nos sirven! La única forma de ganar es sorprender. Sorprendan al mundo, jueguen al fútbol y diviértanse”.

Un estadio pocas veces visto en una final esperaba por las máquinas humanas. Los jugadores argentinos se pararon atónitos mirando las tribunas y las respiraciones se hicieron más jadeantes que de costumbre. Los acrílicos de los cascos se empañaban y se volvían a limpiar en segundos, la gente disparaba miles de flashes de colores antes del pitazo inicial. Sobrevolaban cámaras como si fuesen palomas sobre el estadio y los ojos del mundo entero entraban por la televisión mundial. Era el último domingo de junio de ese año dos mil ciento veintidós.

Argentina se presentó con sus tradicionales colores celeste y blanco sobre el pecho de aluminio y silicio de las armaduras. Aunque también los hombres llevaban puesta la camiseta nacional sobre su ahora vulnerable piel. Estados Unidos eligió una casaca roja flúor con negro para sus máquinas y el público alentaba al favorito. Las triangulaciones rápidas llegaron al primer gol norteamericano.

En menos de diez minutos abrieron el marcador con una jugada por derecha, un desborde al diez, un taco de memoria y un zapatazo de rastrón que se metió junto al palo de Julio Benavídez. Los festejos también cambiaron, ya no son ensordecedores gritos de gol, ahora más bien son vibraciones que hacen mover hasta el suelo de la mismísima cancha. No era fácil detener los avances del país nortño, su velocidad era diferente a la de los otros competidores, incluso a la de Brasil, eliminado por Argentina en las semifinales luego de once penales.

Estados Unidos marcó dos tantos más en tiros libres. Se había ensayado mucho lo de no cometer faltas cerca del área, pero Brian Lord estaba imparable y Argentina no tuvo opción. Buscó la infracción porque quizá la pateaba afuera en el tiro libre. Pero no. Tres a cero con el reloj pisando los cuarenta minutos del primer tiempo. “Lo dijimos, este partido no tiene mucho sentido, es una final muy previsible. Estados Unidos maneja los hilos del encuentro y es certero en cada acción. Sin miedo a equivocarme, creo que estamos frente a una tremenda goleada en esta final de la Copa del Mundo”, lanzó con total desparpajo el engominado y arrogante periodista de la cabina central.

Argentina pensó en medio de esa vorágine y dejó de correr tanto para intentar tocar de primera. Los estridentes choques de los metales fueron llegando hasta la medialuna para que un rebote inesperado le quedara a Quiroga, quien remató seco al segundo palo. Tres a uno y al entretiempo.

Esta fue la primera sorpresa.

Si bien la estrategia era clara y la defensa albiceleste despejaba una y otra vez, Estados Unidos se adueñó del campo y no permitió que los sudamericanos to-

caran la pelota en el segundo tiempo. Entonces Argentina decidió jugar de verdad a quince minutos del final.

Pidieron un instante para dejar atónito al planeta: uno a uno los futbolistas se fueron sacando sus trajes, dejando lo que nunca pensaron que iban a dejar y quedándose así, casi desnudos para esta época. El árbitro, absolutamente confundido vio cómo cada uno de los argentinos se desprendía de su pesada armadura y aparecían en cancha con flamantes pantalones cortos, medias y botines. Es hora de jugar de verdad. Es hora de vivir por un instante. No había fuerza, ni precisión que pudiese con el pequeño diez albiceleste.

Bastaron cinco minutos para enredar a todos los fierros rivales y estampar un tres a dos histórico, porque hacía mucho que un grito de gol no se festejaba tan plenamente como esa tarde. Y a correr con la pelota rápido para plantarla en el medio de la cancha y decir acá estamos. Fue un intento de gambeta lo que hizo Deblur con Sánchez. Fue carne y hueso contra un amortiguador hexagonal y el morocho se llevó la pelota sin demasiados problemas. Hizo una impecable diagonal, esperó el toque de Fernández y puso el empate en tres faltando todavía más de seis minutos.

Y esta historia de vida (y muerte) no esperó como en las películas yanquis a mostrar los segundos finales para meter el gol que le daría el festejo argentino. Llegó el cuarto y luego el quinto bombazo para el cinco a tres definitivo en este increíble título de Argentina.

Solo quedó un bellissimo instante más para dar la última vuelta olímpica. Con la voz llena de gol.

LA GRAN FINAL

POR PABLO PHILIPPENS

No entraba un alfiler en las gradas de la canchita del barrio. El día era hoy. El torneo de fútbol infantil estaba llegando a su fin. La expectativa por la gran final, enorme. Nosotros contra ellos, nada menos que contra ellos.

Aquí, Picapiedras Fútbol Club y allá, Los Diablos, campeones de todo lo que uno pueda imaginar. Ganaron todo lo que disputaron, humillaron a cuanto equipo se les puso enfrente. Pasaron primera ronda, octavos y cuartos de final casi sin despeinarse y, como si eso fuese poco, en semifinal le dieron un baile aterrador a los Yerba Mate, que jugaban bastante bien. Hasta el arquero pateó desde su área y la metió en el otro arco. El partido terminó once a cero. O tal vez hicieron más goles. No sé, da igual.

Lo nuestro fue mucho más modesto, claro. Nos inscribimos pura y exclusivamente

para poder hacer algo distinto los sábados en la tarde y dejar de ver dibujitos aburridos al menos por unos días.

Pasamos primera ronda de milagro porque clasificaban a octavos los dos mejores equipos de los cuatro del grupo. Nosotros quedamos terceros. Bueno, en realidad últimos. Pasa que los terceros, presos de su enojo, abandonaron alguna insólita chance de clasificación. Nosotros no, de ninguna manera. Preferimos esperar, ayudar a los camilleros, ordenar las camisetas de los otros equipos o lo que nos tocara hacer. Todo menos volver a casa y tener que mirar por enésima vez un capítulo de los eternos Tom y Jerry. No señor, definitivamente íbamos a aguardar.

Y así fue que un rato después de que nombraran a los clasificados llegó a nosotros esa suerte inexplicable. El de arriba se puso de nuestro lado y pasamos de

ronda. Increíble, sí. Es que los que se habían ganado el segundo puesto quedaron descalificados por culpa de un defensor que celebró el triunfo bajándose un par de latas de cerveza; se emborrachó al instante y en la propia cara del Intendente gritó: “¡Qué buena está su hija señor...hip!”. De las orejas se lo llevaron a los padres y el equipo perdió todo tipo de contemplaciones por falta de disciplina deportiva. Vergonzoso, ¿no? Más que vergonzoso, recontra milagroso diría yo. No lo podíamos creer. Nos cansamos de saltar de alegría.

Dejamos atrás octavos, cuartos y semifinal por penales. Siempre empatando el juego en el último minuto y definiendo desde los doce pasos. Claro, hay que reconocer que algo bueno teníamos además de las camisetas blancas que confeccionó la abuelita de Marcos. El mismísimo Marcos. Un improvisado arquero que se convertía en el héroe de las tardes sabatinas. Y así llegamos a la final, sin talento alguno, aunque con un corazón de hierro.

Funcionarios del Estado que lucían esos trajes impecables, medios de comunicación de toda la provincia y hasta el Gobernador presenciaban lo que sería la definición de ese emprendimiento que tanto orgullo les dio encarar.

Mi madre, con esa carita de ángel y el vestido largo de siempre, apretaba los puños en la tribunita sur. Las mamás y papás de mis compañeros, tíos y tías, vecinos y comerciantes, todos reunidos apoyando a los equipos en cuestión.

Y en la tribunita norte estaba ella, la más bella del mundo. Me miraba con esos hermosos ojos verdes la chica de la cual me enamoré perdidamente en aquel cumpleaños de vaya a saber quién. Solo recuerdo haber ido a buscar un vaso de gaseosa y pum, me volví tiritando. Si nos referimos a posibilidades en lo futbolístico seguramente cargábamos con todas las de perder. Pero yo quería hacer un gol, uno solo para correr hacia ella y dedicárselo.

Quince minutos nos separaban de ese juego tan soñado por nosotros y ese “partidito” para ellos. Se nos reían en la cara. El lungo delantero estrella de Los Diablos (diecinueve goles en seis partidos) nos amenazó con once tantos porque quería llegar a los treinta. El miedo que teníamos, incalculable. En un momento hasta sentí nostalgia de las tardes de TV. Como hojas de árbol nos temblaban las piernitas y los corazones parecían estallar.

Otra vez vi a mi madre alentarme con todas sus fuerzas y eso me alivió un poco, pero el terror era supremo. Pasaron esos últimos instantes que nos quedaban de vida y salimos a la cancha en medio de un griterío. Fotos para los diarios, saludos al equipo contrario y a jugar.

El árbitro contratado de la Liga Mendocina de Fútbol dio el pitazo inicial. Mamita querida, era siete contra siete, pero ellos aparentaban ser veinte. La monedita del referí no pensó en ayudarnos porque encima sacaron ellos. Del susto que teníamos ni la pelota encontrábamos. Se nos venía una manada de leones africanos, esos que tienen hambre las veinticuatro horas. Toque para acá, toque para allá, lujos por todos lados y nosotros que no parábamos de bailar. Centro

al área, salta el delantero grandote y con un cabezazo nos clava el primer puñal. Terrible golazo. Uno a cero a los cuarenta y cinco segundos de juego.

Las doscientas personas que disfrutaban el monólogo de Los Diablos no paraban de reír, es que honestamente parecía el Manchester United contra un grupo de niños que se movían sin dirección lógica.

Doce minutos, no hicimos pases entre nosotros todavía. El resultado seguía igual, pero nos habían llegado unas cincuenta veces con diez tiros en los palos. En eso, el cinco de ellos arrancó por la mitad de la cancha, le tiró un caño histórico al cinco nuestro, se perfiló para su derecha y desde quince metros metió un zapatazo sublime que se clavó en el ángulo izquierdo de Marcos. Dos a cero deshonoroso y euforia en las gradas adversarias. Uf.

Luego de sufrir cada milésima de segundo llegó el momento más esperado. El juez tuvo la deferencia de terminar el primer tiempo. Un bálsamo para nosotros, pero ojo al dato: nos habían hecho solo dos de los nueve goles que habíamos pronosticado para la etapa inicial. Nada mal dentro de la tortura.

Mi madre, besos al aire, mirada triste, intentaba llenarme de esperanzas. Los vecinos del barrio flameaban sus pancartas y banderines. Ella, la cosa más bella que haya visto nunca, me miraba dulcemente desde el tercer escalón como queriendo consolarme. Pero la Copa se nos iba y nada nos daba aliento. Horrible fue ver la mueca burlona de nuestro Gobernador, que le preguntaba al Intendente cómo cuernos habíamos hecho para llegar a la gran final.

Rondita de agua, breve charla técnica, camiseta dentro del pantalón y a la cancha nuevamente. Empezaban los veinte minutos decisivos, esos mil doscientos segundos iban a definir cuántos goles nos llevaríamos a casa.

Silbatazo. Movimos nosotros esta vez, pero es como si hubiesen vuelto a sacar ellos porque nos quitaron la pelota inmediatamente. Toque para acá, toque para allá y la coreografía otra vez. El ocho se la pasó al que ya se aburría de tirar tantos centros, éste ensayó un envío aéreo que fue a parar precisamente a la cabeza de nuestro temido verdugo quien, muy pero muy tranquilo, nos enterró el tercer cuchillazo. Los Diablos 3 – Picapiedras 0.

Volvamos a casa. Aguanten Tom, Jerry, Mickey, Pluto, Las Tortugas Ninjas, Los Simpson, el Correcaminos y hasta el Coyote. Finjamos estar lesionados. Provoquemos un desmayo masivo. Una bomba de humo, no sé, algo que termine con este sufrimiento insoportable.

Como a los ocho minutos, el colegiado paró momentáneamente el asunto para que tomáramos agua. Teníamos que agruparnos y pensar seriamente, algo había que hacer, y rápido. En eso, el agrandadito delantero rival se me acercó y en tono jocoso me dijo: “Che pibe, hagamos una cosa, les metemos un par de goles más y listo así pueden irse a tomar la leche con sus mamis”.

¡Ah, no!, así no. Si nos van a ganar jugando al fútbol vaya y pase, pero no te rías en mi cara y mucho menos te metas con mi madre, ella es sagrada. “¿Cuál

es tu problema?”, le grité y lo enfrenté como quien se detiene a observar el obelisco porteño. Y partió a carcajadas.

El señor de negro sopló su aparatito y el encuentro se reanudó. Algo había cambiado en nuestras caras. Una suerte de revolución interna nos había modificado la forma de ver al rival. Cómo nos van a decir semejante cosa. Estábamos dolidos, muy.

Un fenómeno divino hizo que el balón llegara a mis pies. Esta es la mía, cerré los ojos y empecé a correr. Diez metros, quince, veinte, veinticinco y no me paraba nadie. Tenía al Pájaro Caniggia metido en el cuerpo. Seguí corriendo con todas las fuerzas y cuando iba a patear escuché un pitazo que me devolvió la vista. Corner para ellos. Sí, regalé un tiro de esquina. La gente se mataba de risa. Ay, Dios, qué vergüenza. Encima esos hermosos ojos verdes me estaban mirando. Peor no nos podía ir.

Once minutos hubo que esperar para que llegara nuestro tiempo. Un defensor de Los Diablos se equivocó y en su propia área le entregó la pelota a Fede, nuestro media punta, que la clavó arriba con un bombazo de otro torneo. No, abajo fue. Bueno, qué sé yo dónde fue a parar esa pelota, la cosa es que entró. ¡Les habíamos hecho un gol!

¡Impresionante! Y no solo eso, sino que ese tanto era el primero que recibían Los Diablos. ¿Qué tal? Tres a uno y la confianza en proceso de renovación. El partido se puso más peleado mientras las hinchadas armaban la ola y el duelo de cantitos. Ellos bajaron su ritmo de juego y nosotros teníamos que aprovecharlo sí o sí, urgente.

A los dieciséis minutos, el mismo defensor despistado le pegó una patada de tarjeta roja a nuestro compañero Ulises de aquel lado de la línea blanca. ¡Penal! ¡Sí! ¡Penal! No lo podíamos creer. Ahora la cuestión era meterlo. Ay, ay, ay.

Saqué pechito haciendo honor al glorioso Diego, agarré el balón, lo acomodé y tomé carrera. Juro que veía a cinco arqueros. De reojo y sin torcer el cuello la miré a ella, me subí las medias y me persigné enfocando el palo derecho.

Orden del árbitro. Todos atrás del caminito de cal. Inicié el trote y en lo mejor de mi concentrada maratón trastabillé con un pocito (que justo tenía que estar ahí) y mientras iba cayendo pude darle con alguna parte de mi pierna derecha, creo que con la pantorrilla. La redonda hizo una suerte de comba y se metió junto al palo izquierdo. Jamás olvidaré el llanto feliz de mi madre, orgullosa de tan especializada conversión.

Con los ojitos cristalinos corrí en busca del amor de mi vida, la señalé y le diqué el gol: "Para vos". Se sonrojó al sentir el murmullo de la multitud y me dejó ver sus dientes con algo de timidez. Tres a dos y un par de minutos por jugar.

Los Diablos no entendían nada. Es que a ellos nunca les habían vulnerado el arco y en este encuentro ya llevaban dos tantos en contra. Parece que la clave

para pelear el partido era animarse. Faltarles el respeto. Y mucho. Ningún equipo les hizo frente, por eso nuestros rivales ganaron todo. Lógico. Así y todo, lograron hacernos el cuarto gol producto de una excelente combinación táctica y estratégica, dinámica de equipo y asombrosa efectividad en el seno de su peso ofensivo. No, que jugaban bien jugaban bien, eso está clarísimo. Pero no quedó todo ahí. No señor.

Marcos recibió la pelota y la tomó entre sus manos. Levantó la cabeza e imitando a Chilavert se encargó de que el esférico llegara al extremo del campo. Otro mal despeje y la pelota nuevamente rendida ante mí. Me acomodé para sacudirle la cabeza al arquero y el obelisco goleador me volteó de atrás. ¡Penal! ¡Sí! Cartón rojo para el burlón y un nuevo penal a nuestro favor. La pelota quieta, nuestro destino inevitable. Momento de descontar. Faltaba tan solo un minuto y medio.

Me hice cargo nuevamente de la ejecución, esta vez con un poco más de firmeza. Rematé con confianza y logramos achicar la distancia. Señoras y señores, cuatro a tres y una definición histórica. Todo el público se puso de pie envuelto en un estruendoso silencio. Si ella me regaló esa sonrisa mágica en el primer penal ni hablar de éste. Los Diablos, ya sin su figura, pedían la hora porque no les quedaban fuerzas. Era nuestra ocasión.

Por si le faltaba algún condimento a la tarde, el cielo se cubrió de nubes y empezó a llover torrencialmente. El referí adicionó dos minutos que teníamos que aprovechar ya. Nos habíamos dado cuenta de que podíamos ganarlo. Ahora nosotros manejábamos la pelota en todos los sectores de la empapada canchita.

Ella, la dueña de mi corazón, no paraba de observarme y hacía que mis pulmonicitos se llenaran de oxígeno. Qué linda es. ¿Habrá venido por mí? Yo creo que un poco me ama también. Qué bueno sería si me animara a invitarla al cine o a tomar un helado. De hecho, algún día me tengo que animar a decirle "hola" por lo menos.

Transporté mi concentración nuevamente hacia la causa apremiante. Quedaban treinta segundos y el contador de goles seguía diciendo que la Copa se la llevaban ellos. Un rayito de sol se posó sobre el barro y rodó el balón otra vez para estacionarse entre mis zapatillas. Miré para la derecha y se lo pasé a Ulises, quien tomó coraje corriendo directamente hacia el arco contrario. Pasó a uno, dos, tres y no podían frenarlo. La versión más parecida que vi de Messi en su esplendor. Todo el público embalsamado. Nosotros, boquiabiertos y paralizados. Entró al área, gambeteó al arquero y...

Y ahí fue que el mismo rayito de sol se posó sobre mi rostro y desperté. ¿Justo en ese momento tenía que despegar los párpados y volver a la realidad? En un mundo onírico viví nuestro destino, nuestra razón, la gran posibilidad y el esfuerzo de mis compañeros. La vi a mi madre, tan linda e iluminada. Ese ser alado al que nunca conoceré, ni abrazaré al menos aquí abajo. Cuántas cosas para con-

tarte, madre. ¿Cómo serás, dónde estarás? Miro por la ventana y me pregunto en qué lugar. Tal vez sobre aquella nube gigante o en el cantar de ese pájaro. O quizá aquí mismo, conmigo.

Esta tarde se juega la gran final del torneo de fútbol infantil en la canchita del barrio. Picapiedras Fútbol Club se enfrentará con Los Diablos. Tengo dudas en cuanto a la formación del equipo, pero de algo estoy seguro: no habrá miedo alguno.

Dicen que en las gradas no va a entrar un alfiler y que los vecinos han preparado pancartas y banderines. En el diario publicaron que el Gobernador se va a sentar al lado del Intendente y que se acreditaron todos los medios de comunicación. Espero que así sea y que un final lluvioso nos encuentre entre saltos, abrazos y risas. Espero tantas cosas. Espero ver a mi madre de un lado. Y a esos hermosos ojos verdes del otro.

EL PARTIDO DE TU VIDA

POR DANIEL CALIVARES

No te pudiste aguantar. Siempre fuiste ansioso y por eso estamos acá, en este hospital mientras vos estás respirando con ayuda de una máquina. Lo peor de todo es que siempre fuiste así, incluso desde antes de nacer. Tenías fecha para llegar al principio del Mundial, pero no. Nos escuchaste tanto hablar de eso que llamábamos fútbol que no te bancaste la espera y tuviste que salir un mes antes.

Lo curioso fue la forma en que te enamoraste de ese deporte. Lo recuerdo como si fuera hoy. Fuimos con tu tío a comprar unas camisetas para los demás sobrinos y vimos una chiquita, justo para vos. Te la dejaste poner sin drama y hoy hasta juraría que sonreíste cuando la tuviste con vos. Aunque quizás es solo la memoria que está jugando conmigo.

Igual, sería una linda idea la de verte riendo mientras los demás insultábamos. Porque seguro que no entendías nada de qué era eso que nos llevaba a gritar, a agarrarnos la cabeza, a sonreír y respirar cuando los partidos terminaban y a querer llorar y estar solos cuando sonó el silbato en aquella final. Y hoy estamos acá igual que, hace poco más de un año, cuando naciste. Y tal vez la culpa es nuestra. No sé, tres clásicos, volver a hablar de la celeste y blanca por una copa menor, pero que igual queremos ganar. Y vos también querés lo mismo. Y sé que no entendés mucho aún, pero te gusta ver la pelota rodar y ver a ese enano que corre como si la tuviera atada a su pie. Y todo eso te volvió a poner nervioso y como no podías volver a nacer, decidiste buscar otra manera de llamar la atención y otra vez terminamos donde empezamos: en el hospital, pero se te fue la mano. Perdón, pero se te fue la mano esta vez.

No es una boludez que te diga esto. Hace más de diez días que estás en una cama donde no te podemos ver. La primera noche me quedé con tu mamá en la

sala de espera. Poco después de medianoche nos dijeron que te costaba respirar, que te conectaban al respirador. Y creeme que fue un momento de mierda. Más teniendo en cuenta que siempre hemos visto series de médicos, entonces cuando nos dijeron lo que hicieron con vos quisimos llorar, pero ninguno lo dijo. Yo evité mirar a tu madre, a mi hermana. Sabía que si la miraba, ella se quebraría a llorar. En el fondo, tampoco quería que lo hiciera ella, porque yo no estaba seguro de poder contenerme.

Y no te voy a mentir, no a vos. Me quebré varias veces. En casa y cada vez que salía del hospital, mientras esperaba a alguien que me mirara a los ojos y me dijera que todo iba a estar bien. Hasta prometí cosas y gente que ni siquiera conozco me preguntaba todos los días por vos. Pero no, el rebelde seguía empecinado en no salir de terapia intensiva.

Encima no te imaginás lo que es ver a tu madre salir llorando y uno esperar la peor de las noticias, hasta que ves que sus lágrimas son porque es tu vieja y lloraría, aunque tuvieras solamente raspadas las rodillas.

Por si fuera poco, al tercer día vienen y nos dicen que te aumentaron las dosis de las drogas porque te fallaban los riñones y eso afectaba al corazón. Hacía mucho que no lloraba así y recorrí varias cuadras desconsolado sin saber adónde ir.

Porque lo peor que hay en estos casos es la impotencia de no poder hacer nada. De tenerte a vos, con tan solo un año, en una habitación a la que no podemos acceder y los demás afuera. Y uno entra a rezarle a Dios, a pedir que manden energías, vibras, fuerzas positivas y todo tipo de cosas en las que uno no termina de creer, pero que en ese momento deseas que sean ciertas y que funcionen, porque si no se va todo a la mierda.

Pero al cuarto día la mascheraneaste, los remedios hicieron efecto y los riñones volvieron a la normalidad. Seguías con respirador, pero algo en el aire había cambiado, porque todos estábamos más optimistas, mientras vos estabas ahí, en el círculo central o en la cama. En definitiva, era lo mismo. Eras vos solo y los demás solo formábamos la hinchada, pero el partido lo jugabas vos nada más y empezabas a demostrar querer ganarlo.

Y fue en ese momento que comenzaste a darlo vuelta. Que cada informe decía que estabas un "poquito" mejor. No mucho, tampoco era cuestión de ilusionarnos y que en el último minuto te lo dieran vuelta.

Mientras tanto tu hermano, tu primo y tu prima se entretenían jugando a los penales. Les faltaba el cuarto para jugar un dos contra dos y mierda que te extrañaban. No había un día que no preguntaban por vos. Que querían verte. Saber cómo estabas. Eran ellos y tu abuelo. Ese viejo que revivió con tu llegada. Y finalmente, como no podía ser de otra manera, entre tanto optimismo, comenzamos a confiar más que nunca en tu triunfo. Se olía en el ambiente. Los médicos ya sonreían antes de dar los informes. Ellos también veían que ibas a

ganar. Y lo hiciste.

Hace unos días me llegó un mensaje. "Pasó a sala común". Ya estábamos en tiempo de descuento. El partido casi terminaba y vos ya respirabas solo y estabas despierto. Lo ibas a ganar y todos lo sabíamos.

Esa misma tarde salí apurado de casa a comprarte algo. Después me fui al hospital a verte. No te había visto en dos semanas y sin embargo ahí estabas, sonriendo a pesar de todo.

Saqué de la bolsa, sin envolver, lo que había comprado y te puse el regalo sobre el pecho. Ahí nomás la agarraste con tus pequeñas manos. Era la 10 de Messi. De ese enano que vos admirabas a pesar de no entender nada y volviste a sonreír.

Te miré fijamente, sabía que me querías decir algo. Todos lo sentimos, pero de tu boca no salió nada más que un balbuceo.

Te dieron el alta en medio de un partido de Argentina por la Copa América. Creo que te reías de habernos hecho salir de la casa en un momento así, pero no nos importaba nada más que vos. Fue en el auto que te comencé a mirar detenidamente. Algo en tus ojos había cambiado en estos días. En tus gestos. Seguías teniendo un año, pero había algo diferente. En medio de mis pensamientos, un grito de gol salió desde la radio del auto. Era de Argentina y lo supe cuando otra vez te vi sonreír y cerrar tu manito sobre la camiseta. Ahí entendí todo. Sabías que significaba el grito y de alguna manera te habías enterado lo que pasaba fuera de la habitación mientras estuviste internado. Viste a tus primos jugar al fútbol y que necesitaban a uno más, a vos. Nos viste llorar una y otra vez, caminar por la sala de espera, comernos novelas brasileiras en la madrugada y supe que el partido no lo habías ganado solo por vos o por nosotros. Sino por todos, por tus sueños y los nuestros. Por volver a ver ese circo llamado fútbol. Por jugar por primera vez con tus primos y abrazarte con tu hermano en un festejo. Para reírte de tus tíos en cada jugada. Para no rendirte nunca. Mientras caía en la cuenta, me miraste y volviste a sonreír, como si leyeras mi mente. No pude sostenerte la mirada y observé hacia afuera, mientras otra lágrima se fugaba, pero esta vez era de felicidad. Habías ganado tu partido, pero también el nuestro y lo habías hecho por goleada.

ROCK Y GOLES SIN DESTINO

POR IGNACIO DE LA ROSA

Martes 30 de diciembre de 2008 —casualidad o no—, justo ese día definíamos el campeonato provincial contra el Círculo de Suboficiales. Como aquel partido entre Independiente y Huracán del 94, llegábamos a la última fecha con la misma cantidad de puntos y el fixture había dispuesto que nos enfrentáramos en la última fecha, algo así como una final, pero que estaba prevista dentro del cronograma oficial.

Como no podía ser de otra forma, el torneo apenas superaba lo amateur y el campeón no se llevaba varios fajos de guita como en las categorías profesionales, sino que el premio era un poco más humilde: un viaje a Buenos Aires para todo el plantel, con pasajes y estadías pagas por siete días y cinco noches en un hotel de medio pelo para abajo. Para el resto de los jugadores del Gimnasio Municipal N°1 eso era lo de menos, el verdadero objetivo era el prestigio de ser el mejor equipo de la provincia, el mejor de los dieciséis que competían. Tengo que admitir que eso no me parecía poco a mí, pero desde hacía mucho tiempo tenía la necesidad—obligación de ir a Buenos Aires y era la oportunidad que venía esperando desde hace cuatro años, precisamente la última vez que anduve por tierras porteñas.

La diferencia con los otros catorce equipos había sido abrumadora. Círculo y Gimnasio llegaban con treinta y cinco puntos a la última fecha, mientras que el tercero —Universitario— a duras penas había llegado a los veintidós. Nos habíamos cortado en la punta en el último tramo del campeonato, y la lucha iba a ser hasta el final con los “Milicos” —así habíamos bautizado con poco cariño a los del círculo. Los partidos pasaban y los dos estábamos imparables, ninguno aflojaba.

Según el calendario, ese martes teníamos que jugar en la cancha de ellos, pero a raíz de una decisión de los organizadores, se fijó que sea en una cancha neutra, algo que fue muy discutido por los Milicos. Y era lógico, creo que nosotros hubiésemos puteado y armado el mismo quilombo si nos quitaban la localía, más teniendo en cuenta que no era una instancia final, sino que era parte del fixture regular. Pero los organizadores se hicieron los boludos ante todos los reclamos y planteos, y quedó confirmado que la cancha neutral sería la del Círculo Médico, en Bermejo. Y al final fue en perjuicio de ambos, porque a los dos la cancha nos quedaba en el fin del mundo.

Llegó el martes y el calor era tan insoportable como el 30 de diciembre de 2004, la última vez que te vi. Sé que hubieses dado todo por acompañarme esa mañana en la dupla de defensores centrales, y yo también hubiese hecho hasta lo imposible por compartir equipo con vos. Se me vinieron a la cabeza todos los partidos juntos, no sólo en el equipo del Gimnasio, sino todos esos que jugamos en el parque, en la playa cuando nos íbamos de vacaciones y en la vereda de la casa. Si hasta escuché los gritos de la vieja desde adentro de la casa que nos pedía que “dejemos de joder con la pelota (al mejor estilo Serrat), que íbamos a romper algún vidrio”. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas, y me ahogué con una bocanada de aire caliente. Preferí tragarme las ganas de llorar, no porque quisiera sino porque vi que llegaban el Fede, el Dani y el Davo a la cancha. Yo estaba hacía quince minutos, a las diez y el partido era a las once y media, por lo que hasta que llegaron ellos había estado solo, sentado en el pastito —más amarillo que verde— al lado de la línea del lateral.

Ni bien se bajaron del auto, los tres vinieron a saludarme y me abrazaron con fuerza. No era un día más, era un día especial, al menos para mí. Nos pusimos a pelotear un poco al costado de la cancha, y cuando nos quisimos dar cuenta, los “Milicos” ya habían llegado y estaban peloteando del otro lado.

También habían llegado todos nuestros compañeros, y el Profe Blanco (nuestro DT —que era el profesor de fútbol en el Gimnasio—), nos juntó a todos para la última charla. Y después nos fuimos a poner camisetas y botines.

Abrí el bolso, me puse una gastada remera blanca a la que —artesanal y desprolijamente— le había cortado las mangas y encima me puse la camiseta verde con el cuatro atrás. Normalmente yo usaba la dos, pero ese día le pedí al Profe que me diera la cuatro, la misma que usabas vos. Me puse los pantalones blancos y me vendé los pies, para no esguinzarme el pie izquierdo ni resentirme de uno antiguo y crónico en el derecho. Después me puse las medias y fui a buscar el bolso, que había dejado al lado de la línea de cal del lateral, donde había estado sentado hasta hacía un rato.

No te puedo explicar cómo me miraron los chicos cuando en vez de los botines con tapones de acero que me había comprado con los pocos ahorros que tenía antes de que empiece el torneo, me puse unas Topper de lona azules.

Hasta Blanco me miró, pero no dijo nada. Creo que el silencio fue porque pensó que se trataba de una joda y que en unos minutos me iba a poner los Adidas, que estaban impecables pese a haber jugado todo el torneo con ellos.

Pero no. Nunca me puse los botines, ni siquiera me saqué las Topper —que de azules tenían muy poco y estaban casi negras, en parte por la mugre y en parte porque se habían quemado un poco—. Pero aguantaban.

Para colmo me apretaban un poco porque no eran de mi número, pero yo había decidido usarlas. Y así entré a la cancha, sin prestarle atención a las miradas de mis compañeros (creo que el Fede se agarró la cabeza), ni a las burlas de algunos de los pelotudos rivales, que me gastaban por el calzado...

¿Qué sabrán esos infelices?

Sólo nos servía ganar, porque el empate consagraba campeones a los “Milicos” por diferencia de gol. Y lo hicimos: 4 a 0, hermano. Hice dos goles, uno de cabeza y el segundo de tiro libre, con tu Topper derecha. Salimos campeones y gracias a eso hoy pude venir a verte, aprovechando el viaje a Buenos Aires. Por allá todos andan igual que la última vez que te vimos, la mamá todavía no supera el hecho de que te hayas ido y todavía se culpa por no haber hecho nada (o no haber hecho más, en realidad) para que no fuéramos a ver a Callejeros a Cromañón. No es como esas que salen llorando e insultando en los medios, ella lleva el dolor por dentro y de noche llora. No te puedo explicar el circo que se ha hecho con toda la mierda de la tragedia. Es todo una gran payasada de la que preferimos no participar...

Yo tampoco lo supero todavía. Ya no hablo con nadie antes de dormir, no tengo a quien recurrir en busca de contención cuando discutimos con la Silvana. La pieza me queda grande a mí solo, pero no quiero irme de ahí ni sacar tu cama. Tus cosas siguen intactas en el escritorio y yo hace tiempo que no me río con ganas. Te extraño, hermano. Daría todo por volver el tiempo atrás y ser yo el que quedó encerrado en el boliche, el que intentó escapar por la salida de emergencia trucha. Y que hayas sido vos el que estuvo más cerca de la única que estaba habitada.

Aprovechando el viaje, me vine al cementerio de Avellaneda a visitarte, a arreglarte un poco la tumba y a contarte del campeonato y de la vida de todos por allá. ¡Si hubieses estado vos conmigo en la defensa, seguro que llegábamos a la última fecha con todo definido y ya siendo campeones e invictos! Nunca siquiera encontré un compañero en la cancha con quien me entienda tan bien como lo hacía con vos, hasta ahí te extraño. Hace cuatro años que no te veo, por eso necesitaba viajar de manera urgente para verte, para hablar con vos.

Esa era mi principal motivación para ganar. A mí no me vengan con el prestigio o el honor, yo sólo quería viajar para hablar con vos. Antes de que me vaya, te traje tus zapatillas para dejarte. Son las Topper azules que tenías ese jueves a la noche. Como te contaba, las usé en la final. Te las dejo al lado de las flores. Pre-

fiero dejártelas acá, con vos y no andar colgándolas de cables o postes de luz. La mamá me pidió que te deje un par de rosas de su parte, así que éstas son de ella.

Se te extraña mucho, viejo. Los dos goles de la final son para vos, es todo lo que puedo darte. Te extraño, hermanito. Voy a tratar de viajar más seguido para que nuestras charlas se repitan periódicamente, total vos de acá no te vas a mover.

EL REENCUENTRO

POR FEDERICO FAYAD

Anochece. Los seis faros encendidos —que parecen incipientes ante la oscuridad que avanza— apuntan directamente a doce tipos que sudan desde hace, por lo menos, media hora. Todos, vista al cielo, observan cómo la pelota se eleva y se aplasta contra la red que —ahora se usa— está en el cielo de la cancha y divide otra eternidad en cuadrados de perfecta anatomía.

Se escucha el ir y venir de las respiraciones cansadas, agitadas y húmedas de los apóstoles que participan de la cita. Microscópicamente, dos gotas imperceptibles recorren en sentido opuesto y la conforman en un trazo perfecto, a la esfera que ya comienza a descender tras el impacto cuadrículado.

Dos jugadores, en la misma dirección, ojos certeros, elevación calculada, se dirigen a su encuentro. Las burbujas líquidas culminan su recorrido y chocan 180 grados más tarde en el aire haciéndose una sola más grande y los hombres harán lo propio un instante después, cuando alcancen el punto exacto que exige el impulso al que sometieron sus piernas.

Se escuchan las pisadas sobre el sintético, algo desgastado en la zona donde se juega. Un raspado, como una afeitada, como una lija. El silencio contenido de los que observan cómo los hombres ascienden para hacerse dueños de esa verdad blanca. Esa mentira inocente que los hace sentirse sabedores de un cuerpo extraño, que les canta profesionalismo y les olvida profesiones.

Un perro ladra y otro le responde, mientras el ruido de los botines contra el falso verdor se incrementa ante la inminencia de la caída a la cual todos asisten expectantes. Un bocinazo lejano, ajeno y algo caótico, acude a la cita orquestando la zona de disputa.

Cuatro pies que caen con fuerza. Un par derrotado, un par —ganador de la pequeña contienda aérea— ya persigue un rectángulo que se adivina cada vez más cerca, aunque las distancias nunca fueron inalcanzables. Quien posee, como

pasa con las pasiones más grandes, no escucha y solo persigue en una carrera un poco atolondrada antes de que el equilibrio vuelva a ser rey.

Detrás de este hombre unas navajas intentan cortarle la carrera. El hombre siente un barrido, como un desgarré de envión calculado que entiende y por eso acelera un poco más. La respiración ya es un soplete, una estrella fugaz, un pedido de ahogado.

Cerca, otros placeres inflan el contexto y le quitan dramatismo a la gesta. Los gritos lo distraen una milésima de segundo. Por el rabillo del ojo observa, en ese paréntesis ínfimo, un abrazo, una palmada, un desahogo de brazos caídos y llega a sentir envidia.

Vuelta a la realidad, mira las caras que lo rodean y le cierran el paso. Llegan a sus oídos voces amigas que lo reclaman. No alcanza a verlas, pero sabe, siente, interpreta, que se ofrecen solidarias.

De pronto, un roce, un amague, un pase de diapositivas, una sombra que deja un hueco, le permiten divisar una pierna amiga y más allá, el objetivo de la conquista. Un pequeño toque. Un leve movimiento. El balón que ya se le escapa por esa abertura. Es el agua en una grieta. Es aire filtrado. Es el momento.

Suenan palmas. Algún silbido. Una garganta desesperada. Suave. Preciso. Un canto rodado, like a rolling stone. El hombre se desprende del bien codiciado.

Ya no posee. Ceder es ser feliz y hacer felices a otros mientras piensa y se dice a sí mismo que ojalá valga la pena.

Allá va. Allá se fue. Ya lo olvidó.

Otros van a recibir las delicias de su contacto. Poco a poco detiene su carrera.

Espera. Espera. Espera.

Los botines sostienen con firmeza su verticalidad que encontraron el eje cero tras soltar lo que hasta hace segundos constituía su objeto de deseo.

Hay un momento ciego, un punto sin vuelta atrás. Un instante definitivo acompañado de voces de alegría y abrazos. El hombre ríe y sus compañeros también. La red del fondo se mueve grácil, bailarina. El impacto trajo recuerdos de Bombonera, de Monumental, de instantes de hombres serios. Hay trotes relajados —de regreso— a su alrededor. Algunas palabras de aliento.

El hombre mira a ese pedazo de felicidad mezquina que alguna vez fue suyo y que ahora reposa. Descubre —redescubre— que siente nostalgia. Saudade de ese puñado de decenas de segundos en el que hombre y balón fueron fotografía, papel y lápiz, reloj de arena. Una roca.

Segundos después vuelve a notar el calor de los reflectores, el sudor de sus compañeros, el suyo propio. Ya olvidaron el momento de esfuerzo pasado y se enfocan en el futuro. Comienza nuevamente la loca y torpe carrera organizada. Es un disco eterno.

Y va al reencuentro. Como sucede con las pasiones más grandes.

HINCHAS COMO USTÉ

POR GONZALO RUIZ

Subió los escalones de la tribuna pidiendo permiso, con precaución, como cuando uno entra a un lugar desconocido y no quiere caer mal. Hacían casi treinta grados y llevaba puesto un pulóver marrón, pantalón negro y una boina haciendo juego. La madre todavía lo debe vestir, pensé. A lo sumo el tipo tenía cuarenta años, pero parecía un viejo que se ha muerto y no le han avisado. Se sentó a mi lado y puso un diario como si fuese un almohadón.

—Buenas tardes —dijo, respetuoso.

—Hola —respondí.

Antes de los partidos no me gusta hablar con nadie, menos con desconocidos. Estoy tan nervioso que solo puedo quedarme callado y pensar en lo que se viene.

—Qué tarde soleada, ideal para que ganemos, ¿no? —agregó, entre sonriente y tímido.

Ganemos. Sí, claro, si este debe entrenar todos los días y debe jugar de cinco con esa pinta. ¿Por qué los hinchas se creen parte del equipo?

—Sí, linda tarde.

Mientras esperaba que los equipos salieran, lo miraba de reojo y lo analizaba.

Era un tipo, por lo menos, extraño. Pálido, de cachetes muy colorados y mirada tan serena como enigmática. Veía para todos lados como un niño que está descubriendo algo nuevo y fascinante. Pasaba uno con la cara pintada de verde y se sorprendía, se reía solo. Colgaban banderas por todas partes y se asombraba. A éste recién le avisaron que el fútbol existe.

—Disculpe, ¿cómo se llama el rival de turno?

No quedaban dudas: éste es un gil. ¡Cómo no va a saber quiénes son los otros! ¡Cómo lo va a preguntar así, además: rival de turno! ¡Dijo “el rival de turno”!

—Deportivo Jáchal. San Juan.

—Ah... Equipo duro, luchador, como todos los sanjuaninos —reflexionó—
¿Es titular Salvatierra?

—Salvatierra se cortó los ligamentos de la rodilla derecha hace tres semanas. Tiene para seis meses, con suerte.

—¿Entonces quién juega? ¿Petrachi?

—Petrachi no juega más. Laburar en el telo del tío le da más plata.

—Ah, mire usted, qué pena... ¿Pero estamos cerca de la punta? ¿no?

Eso fue el colmo. Todos sabíamos que había que ganar para salvarse del descenso, menos, claro, el pelotudo que tenía a mi lado.

—Segundos, de abajo para arriba, estamos.

—Entonces, hoy hay que ganar como sea, sin importar los medios —soltó como si estuviese dando una arenga, con tono de héroe patriótico.

Cómo nuestro Atlético no va a estar peleando el descenso si tiene hinchas así, si solo un puñado de locos somos los que vamos a todos lados.

Estaba a punto de pararme y buscar otro lugar cuando los equipos salieron. A los cinco minutos, el Rengo Sosa metió un zapatazo al ángulo desde treinta metros. ¡Golazo del Rengo!

El tipo solo aplaudió dos veces, mientras la popular se venía abajo.

—Fue un remate calculado, medido —murmuró.

—¡Calculado las pelotas!

Desde que el Rengo Sosa había llegado al club, hacía dos años, tan burro como ahora, era la primera vez que metía un pelotazo como la gente. Y este marciano decía que era calculado.

Pasaron los minutos y, sin querer, yo estaba más pendiente de las boludeces que podía decir este tipo que en lo que pasaba en el partido, que por cierto era aburridísimo. Me imaginaba cómo se iban a reír los muchachos cuando les contara sobre este personaje. No cantaba, no se ponía nervioso, no se rió cuando el árbitro quiso parar una pelota y se cayó al suelo. Nada de nada. Ni preguntaba cómo iba el Deportivo, rival directo por el descenso. ¡Tampoco puteaba!

Cuando terminó el primer tiempo me escapé al baño y después fui a comer un chori. A pesar de los nervios, comer un chori en el entretiempo es una cábala —una de tantas— que siempre cumplo.

—Disculpe, me lo puede servir sin condimentos y con agua mineral sin gas, por favor —escuché.

¡Por Dios! Ahora es mi sombra y pide un chori como si fuese un restaurante.

—Tenemos gaseosa, jefe. Agua, no —le informaron.

—Bueno, disculpe, no voy a llevar nada. Las gaseosas me hinchán demasiado y sin agua no lo puedo digerir bien. Hasta luego, muchas gracias.

El gordo de los choris no supo si lo estaba jodiendo o le hablaba en serio.

—Como diga, jefe —dijo, mientras desgarraba un pan con sus manos de

mecánico.

Cuando terminé el chori me fui a la otra punta de la popular, bien lejos. Ya está. Fue gracioso por un tiempo, pero si el partido se ponía complicado no iba a soportarlo a mi lado. Necesitaba estar tranquilo y sin ese tipo cerca. En el segundo tiempo, el Atlético pareció Argentina ante Brasil en el Mundial 90, pero sin Diego ni Cani. Hubo pelotas en los palos, despejes en la línea del arco, penales no cobrados. Fue un parto. El empate de ellos era cuestión de minutos. Se veía venir. Me imaginé de nuevo en la B y me dio tanta impotencia que casi lloro.

Faltaban dos minutos, era un milagro. Pero al desgraciado de Botinotti se le ocurrió salir jugando y lógicamente le robaron la pelota. El nueve de ellos, ya con Botinotti en el piso pidiendo vaya uno a saber qué, encaró al Manco López como quien trota rumbo a la gloria con pelota dominada, canchero, sobrador, dueño del tiempo. Lo gambeteó casi sin amagar. Fueron pocos segundos, pero duró una eternidad. Bajé la vista, resignado, hasta que escuché un murmullo generalizado y varios gritos. Cuando miré de nuevo hacia el campo casi me da un infarto.

Desde un costado iba corriendo él, con su pulóver marrón, su pantalón negro y la boina en la mano. Nunca vi un tipo correr tan rápido. Fue un rayo, como esos jamaquinos de los Juegos Olímpicos. Nadie alcanzó a reaccionar antes de que este tipo tackleara con inesperada ferocidad al nueve de ellos, agarrara la pelota con la mano y la pateara a la platea. Todos los jugadores visitantes se fueron de lleno al árbitro y casi lo linchan. Al instante hubo invasión de cancha. El árbitro se fue corriendo al vestuario ante una masa de fanáticos enloquecidos por lo que acababa de ocurrir. En el medio de semejante euforia yo también entré a la cancha para festejar y lo vi en el banco de suplentes, sentado, con la boina en la mano y ajeno a todo el caos que había generado.

—¡Usted está loco, es un maestro! —le grité.

Lo quise abrazar, pero me contuve. Tampoco era cuestión de mostrar la hila-cha.

—¡Cómo el Atlético no va a estar peleando el descenso si tiene hinchas tan amargos y tan fríos que son capaces de dejar que nos empaten a lo último en nuestra propia cancha! —me dijo sin respirar, con tono prepotente, los ojos furiosos y la transpiración bajándole por los cachetes más colorados que nunca.

No supe cómo reaccionar.

—Por hinchas como usted —me señaló, desafiante— este club está así: hecho mierda y en la lona —gritó, se paró y se fue caminando entre la gente mientras se acomodaba la boina.